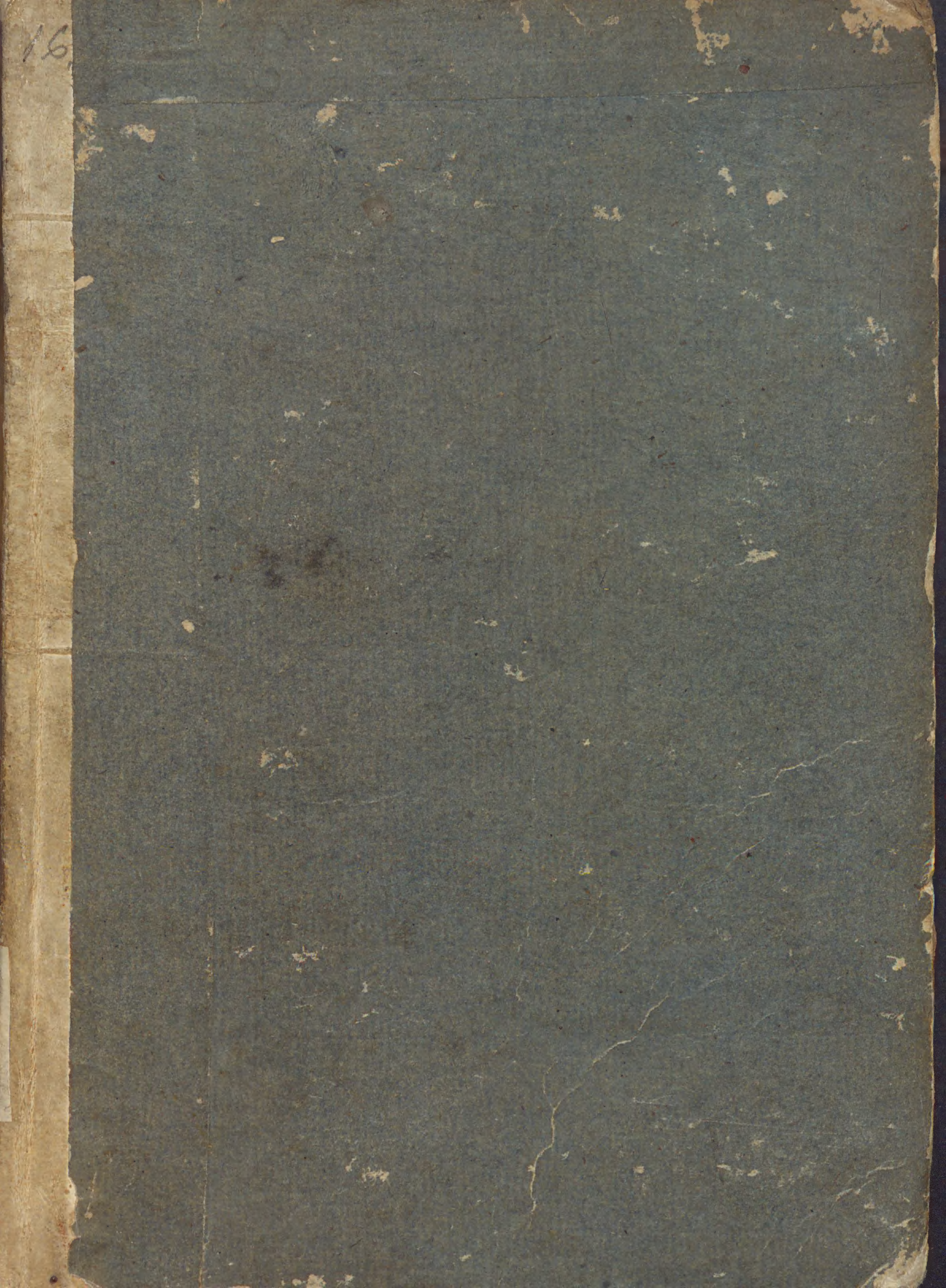
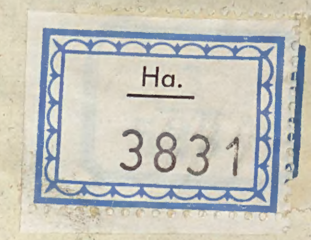


3/523



COMEDIA.

EL DIVORCIO FELIZ,

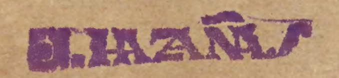
Ó

LA MARQUESITA.

EN QUATRO ACTOS.

SACADA DE UNA DE LAS NOVELAS DE MR. DE MARMONTEL, CON EL PROPIO TITULO.

EN ESTA FABULA INTENTA
PERSUADIRNOS EL AUTOR
¡QUÁNTO DESTRUYE UN CAPRICHO,
Y VALE UNA REFLEXÎON!



CON LICENCIA EN MADRID:
AÑO DE 1796.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

El Marques de ***
La Marquesa, su esposa.

Don Quintin. *El Baron de San Telmo.* *El Conde del Rollo.*	Petimetres.
Doña Jacinta. *Doña Laura.*	Amigas de la Marquesa.

Don Leonardo, Amigo del Marques.
Luisa, Criada de la Marquesa.
Anselmo, Criado antiguo del Marques.
Un Page, y dos Lacayos.
Otros Criados, y Criadas.

La Escena es en Madrid, y en casa de los Marqueses.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa salon de casa ricamente mueblada, con sillas doradas, cornucopias, una araña de cristal, &c.: dos puertas á los lados, cerradas y con cortinas de damasco corridas. Al frente habrá un balcon al natural con las puertas de madera cerradas, y cortinas de damasco corridas: este se abre despues, y dexa ver las puertas vidrieras, por donde entra la luz que recibe el salon de un jardin que se ve al foro: sobre una silla habrá una rica bata desdoblada: en otra una bandeja con adornos de cabeza, brazos y cuello de señora. A los lados del balcon dos mesas doradas y espejos. En la de la izquierda estará la Marquesa leyendo, en desavillé blanco desprendido, toda despeynada y enfadosa: la buxia estará al fin, y Luisa, sentada en el suelo, y reclinada en una silla de paja decente, estará dormida al lado derecho. El teatro está casi obscuro. La Marquesa tiene su libro en la mano: lee, tuerce el pávilo de la vela, vuelve á leer, &c. Todo esto levantando la cortina ántes de acabar la obertura; y finalmente suspira, se conmueve y dice:

Marquesa. ¡Qué noche! ¡qué cruel noche!
¡qué agitacion! ¡qué desvelo!
Jamas me ví de tan mal
humor como el que ahora tengo.
¿Y no es con causa? ¡Dormir
mientras se están divirtiendo
mis amigas en el bayle!
No es fácil pensar en ello
sin cólera. Luisa, Luisa::::
¿Dedicar á un largo sueño,
ú al ocio, por complacencia,
los mas preciosos momentos
debidos solo á los dulces
ratos del placer? ¿Son estos
los encantos del amor?
¿Son estas, si bien me acuerdo,
del matrimonio las bellas
ideas que seduxéron
mi imaginacion? ¿A los
diez y nueve años que cuento
de mi edad, abandonarme
sin esperanza en el seno
de una helada indiferencia
de acciones y pensamientos?
¡Ah cruel familia! Por tí
en este caso me veo.
Tú me elegiste un marido
(no puedo negarlo) honesto,
rico y noble; ¡pero qué *se levanta.*
presente tan lisongero!
Aburrirse baxo el yugo
de un hombre inflexible, serio,
pacífico..... y aburrirse
por toda la vida.... esto
es muy duro. ¡Luisa, Luisa!
Impaciente, dándola con el pie.
Luisa. Señora: ¡Jesus qué sueño!
¿Es hora ya de acostarnos?
Se vuelve á recostar.
Marquesa. Muchacha. Ya me impaciento.
Dala un pellizco.
Luisa. ¡Ay! Poco á poco, Señora.
Marquesa. Pues despierta.
Luisa. Si no puedo.
Marquesa. Dos horas ha que te llamo.
Luisa. ¿Pues qué hora será?
Marquesa. Yo creo
que ya habrá salido el sol.
Abre esa ventana luego.
Abre el balcon, y aclara el teatro.
Luisa ¿El sol? Y á fé que es verdad.
Señora... Yo no lo entiendo.
¿Os ha sucedido algo? *Marquesa.* No.
Luisa. ¿Qué? ¿os habeis indispuesto?
Marquesa. Tampoco. Nada me duele:
quita esos trastos de enmedio,
ú échalos por la ventana,
y apaga esa luz. *Luisa.* Callemos.
Quita todo, lo entra, y apaga, &c.
Marquesa. En la vida me amará

este hombre. ¡Qué desconsuelo!.
Esta es una alma de aquellas
que hay frias, sin movimiento
alguno, y sin interés:::-
Al fin, estoy sin remedio
condenada á vivir siempre
con un mármol, sin afectos
para amar, ni aborrecer. *Sale Luisa.*
¿qué hace tu amo?
Luisa. Ahora mesmo
se ha entrado en su gabinete.
Marquesa. Mira si está ya dispuesto
mi chocolate. *Luisa.* Señora,
aun están todos durmiendo,
que acaba de amanecer;
demás, que como sabemos
que le tomais á las once
las mas mañanas:::-
Marquesa. Es cierto.
Ni yo sé lo que me digo,
ni yo sé lo que me quiero:
¡Ah! ¡Luisa! *Luisa.* ¿Pues qué teneis?
que en vuestro semblante advierto
una alteracion, que á mí
me asusta. *Marquesa.* Y yo la padezco.
Luisa. ¿Pero por qué?
Marquesa. Yo soy jóven,
no soy fea, y con todo eso *llorando.*
mi marido no me quiere.
Luisa. Debe ser uso del tiempo,
porque conozco yo á muchas,
que se quejan de lo mesmo.
Solo saber que sois suya,
basta para poseeros
con tibieza. *Marquesa.* Luisa, tienes
mucha razon: yo lo creo.
Luisa. En lo que está en su dominio
sin reserva, ni rezelo,
¿qué tiene que desear?
Acordaos de mis consejos,
desde que me confiasteis
su entereza, ó su despego.
El señor Marques mi amo
os idolatrára ciego,
como le dierais no mas
que unos poquitos de zelos. (bres!
Marquesa. ¡Qué injustos que son los hom-
¿Es fuerza darles tormento
para agradarlos? Sed finas,
fieles, dóciles con ellos,
y tendreis en recompensa
su descuido ú su desprecio.
Luisa. Esa es la regla; porque
juzgan estos caballeros,
que todo se lo merecen,
y todo se lo debemos.
Las venturas continuadas
los fastidian; el enredo,
el capricho, la locura,
y la inconstancia del sexô
los excita, y los desvela.
¡Ah! ¡Qué gana que les tengo!
Al pobre que á mí me toque
ya le ha caido un buen terno.
Marquesa. ¿Y juzgas tú que el Marques,
á estar de mi pasion ménos
asegurado, seria
mas amante, y mas atento
conmigo? *Luisa.* Y lo juraré.
Los hombres dan el aprecio
á sus placeres, segun
les cuestan de sentimientos.
Sacudios de esa dulce
complacencia y miramientos,
que os están martirizando:::
Mas claro: mudad de genio,
y sed á la moda en obras,
palabras y pensamientos,
y le vereis al instante
solícito, fiel y tierno
prevenir todos los modos
que halle de complaceros
con diversiones continuas,
y repetidos obsequios.
Marquesa. Nada es mas fácil, si fuera
él capaz de tener zelos,
é inquietarse; mas conozco
su carácter, y rezelo
no harán en él la impresion
sensible que en otros vemos:
En los seis meses que habrá
que nos casamos, he hecho
quanto he podido por ver
si le irritaba. A este efecto
le he dado importunas quejas,
le he estado contradiciendo

quin-

quince dias quanto hablaba,
he malgastado el dinero
á su vista, he celebrado
delante de él quatrocientos
petimetres; pero nada
descompuso aquel perpetuo
fastidioso agrado, aquella
tranquilidad de su genio
maldito, que sabes, y
con que yo me desespero.
Luisa. Yo no ví serenidad
mas inalterable; pero:::
Marquesa. No, querida Luisa, no;
ya nada adelantarémos;
tanto mejor para mí.
Luisa. Vamos claros. ¿Cómo es eso?
Marquesa. Que para vivir tranquila,
ya solo me queda un medio
que emplear. *Luisa.* ¿Y quál es ese?
Marquesa. Hablar claro desde luego
á mi esposo, y separarnos
para siempre *Luisa.* Yo lo apruebo.
Decís muy bien, y ese es
el expediente mas bello
para quedar libre. *Marquesa.* Ya
maquinaba ese proyecto
yo mas hace de dos meses,
y estaba dudosa; pero
la aventura de ayer noche
me determina. *Luisa.* Os protesto,
señora, que interiormente
toda me conmoví al veros
volver tan temprano á casa
del bayle, que estaria bueno.
Marquesa. ¡Magnífico!
Luisa. ¿Y mucha gente?
Marquesa. Todo lo útil del pueblo.
Luisa. ¿Pues qué os dixo mi amo?
Marquesa. Nada.
Antes decia: me alegro
que bayles... si te diviertes...
tu salud... Mas con un gesto,
que á legua se conocia
que ya estaba allí violento.
Luisa. ¡Qué postema! En comenzando
un marido con aquello:
hija, si quieres tal cosa:::
bien está, tú eres el dueño:::
bien, bien::: si absolutamente
quieres ir á tal paseo:::
yo te acompañaré, mas
está el dia tan revuelto,
que la jaqueca::: el reposo
es mejor::: mañana irémos:::
Todas estas pesadeces
equivalen á un no quiero;
que vale mas lo dixeran
claro, que estarnos pudriendo
las entrañas. *Marquesa.* Así es;
y cada vez que lo pienso
del Marques, casi me pongo
á punto de aborrecerlo.
Demás que su compañía,
y la de sus circunspectos
amigos, me va cansando;
y en la precision me veo
de no recibirlos ya,
para no chocar con ellos.
Luisa. Alabo vuestra prudencia:
que yo, señora, en oyendo
moralizar al Abate,
ponderar al consejero,
conquistar al coronel,
y al viejo Marques los versos,
que el año de seis cantaba
al harpa su chichisveo,
huyo cien leguas, por no
mostrar lo que me impaciento:::
Mas mi amo viene en persona.
Marquesa. Ya estamos en el empeño.
Déxanos solos, y no entres
mientras que no te llamemos.
Luisa. Yo me tendré buen cuidado,
señora.
Marquesa. No estés muy léjos. *vase Luisa.*
Sale el Marques en bata, sin peynar, leyendo varias cartas.
Marques. Muy buenos dias, señora. *con atencion.*
Marquesa. Téngalos usted muy buenos,
Señor. *(con frialdad.*
Marq. ¿Qué has de hacer así,
muger? Dime, ¿qué provecho
puede hacerte haber estado
toda la noche leyendo?
Marquesa. Otras cosas me hacen mucho
mas

mas perjuicio, y las tolero.
Marq. Verbi gratia, el no baylar
seguidas en este tiempo
doce ó trece contradanzas,
hasta quedar sin aliento.
¿No es esto, hija mia?
Marquesa. Os doy
mil gracias por el requiebro,
que llega á linda ocasion.
Marq. ¿Llega á mejor el despego
con que me recibes? Si
hicieses solo un momento
de reflexîon, conocieras,
Matilde, que estás tan léjos
de tener motivo, que ántes
cada vez te los doy nuevos,
y repetidos de lo
infinito que te quiero.
Marquesa. Vos teneis muchas razones,
que sin réplica os concedo,
con tal de que me dexeis.
Marq. No seas tonta.
Marquesa. Por lo mesmo
que conozco que lo soy,
callo, y con vos no me meto,
señor.
Marq. Malo: me parece
por ese recibimiento,
que no he elegido la hora
mas felice para veros.
Marquesa. Tambien á mí.
Marq. Sin embargo,
para descubrir su pecho
un hombre de bien, son todas
oportunas: yo no vengo
á otra cosa, ni saldré
sin desempeñar mi objeto.
Marquesa. Muy bien.
Marq. ¿Me escuchareis?
Marquesa. Sí.
(¡Qué hombre!) Vos sois muy dueño
de hablar ó no hablar.
Marq. Matilde,
ya ha algunos dias que observo
en tu rostro y tu conducta,
que la tibieza y... (me atrevo
á decirlo) la aversion
hácia mí, van sucediendo
al amor, que se inspiraban
nuestros dulces sentimientos
al principio mutuamente.
Tú habias creido, que siendo,
como eres, jóven y hermosa,
desatinados extremos
de mi violenta pasion
habian de ser el premio
de un enlace, que admitiste
voluntaria, quizá ménos
por inclinacion á mí,
que por obediencia. Esto
por tu parte; por la mia,
he ideado quantos medios
pudieran contribuir
á hacer venturosos nuestros
corazones, empezando
por ser tu mas verdadero
amigo; pues yo creia,
que un hombre de bien y cuerdo,
hace todo quanto quiere
de una muger de talento,
y bien nacida, en ganando
su confianza: y defiendo,
que el marido que sin causa
se hace temer indiscreto
de su muger, la convida
á que le engañe: mas pienso:
que la autoriza tambien,
al fin, para aborrecerlo.
Marquesa. Muy bien pensado: seamos
amigos, yo me convengo.
Marq. Esta expresion no te gusta;
pero à repetirla vuelvo
por la última vez: perdona,
Matilde, si te molesto.
Eres niña, y no penetras
en mi voz, y mis afectos,
que á no ser yo tan tu amigo,
dexára desde ahora mesmo
de ser tu esposo. *Marquesa.* Pues yo
digo al reves, que no siendo
tan tu esposa, yo seria
mas tu amiga desde luego.
Marq. Ya: la respuesta es bien clara.
Voy, señora, á responderos.
Los fines del matrimonio
son, entre otros mas serios

y reservados, hacerse
venturosos dos sugetos
que se aman. Nosotros no
lo somos, ni lo seremos
jamas, con que me parece
inútil nos obstinemos
ambos en una constancia,
que nos está consumiendo.
La fortuna nos ha dado
bienes para establecernos
grandemente, sin que el uno
del otro necesitemos.
Quedad en todo este quarto;
yo baxaré al entresuelo
á vivir: y mas no os pido
para mí, ni lo pretendo,
que la decencia á quien soy
regular, y los respetos
que os debeis vos, á vos misma.
Marquesa. Todo, señor, os lo ofrezco
gustosa, y es un partido
tan conforme á mis deseos,
que si tardais dos minutos,
me anticipo á proponerlo.
Marq. Pues sea para bien, que yo
no me opongo, ni me ofendo.
Elegid entre los coches
y ganado que tenemos
todo aquello que os agrade.
Mandad de quantos cubiertos
os han de servir la mesa
diaria, cena y refresco.
Nombrad de nuestros criados
de todas clases, aquellos
que os sirvan mejor, y que
sean mas del gusto vuestro.
La única gracia que os pido
es que me dexeis á Anselmo,
pues á mí me es necesario,
y á vos inútil. Es viejo,
me ha criado desde niño
en sus brazos, y le quiero.
Marquesa. Contad con él.
Marq. Lo mejor
será que aquí le llamemos,
con eso le podreis dar
vuestras órdenes, que luego
yo me encargaré de que
se cumplan en el momento,
y con toda exâctitud.
¿Luisa? *Sale Luisa.*
Luisa. ¿Señor? *Marq.* Llama presto
á Anselmo. *Luisa.* Ahí os esperaba
en la recámara.
Marq. Anselmo. *Vase Luisa.*
Ansel. Aquí estoy: ¿qué me mandais?
Sale Anselmo.
Marq. Yo conozco bien tu zelo,
y fidelidad. *Ansel.* Señor:::
Marq. Calla. Lo que te prevengo
es que oygas de tu ama
las ordenes, y que atento
las hagas executar
en casa. *Ansel.* Señor, en esto
no sé qué quereis decirme...
¿En qué haber faltado puedo
á mi obligacion, ó quando
no obedecí los preceptos
de entrambos con la eficacia
y buena ley que os profeso?
Marq. Lo sé: por eso de tí
me fio, no te reprehendo.
La Marquesa desde hoy
queda por único dueño
de todo este quarto: ella
dará lista por extenso
del tren, y de los criados
que la convengan: el resto
quedará á mi servidumbre
destinado, y tú con ellos.
Ansel. Pues qué, señora...señor... *turbado.*
Marq. Calla, y obedece, Anselmo.
Ansel. Yo no puedo resistir
mi dolor, ni mi silencio;
¿será posible, señor...
(perdonadme si me excedo)
que os separeis de mi ama?
Marq. Así lo quiere. Haz luego
enternecido.
lo que te mando.
Ansel. Señora, *llorando.*
mirad que falleceremos
de pesar. Mi pobre amo
no podrá sufrir sin riesgo
de su vida tanto golpe.
Yo tengo conocimiento

de

de entrambos, sé que os amais
cada vez con mas extremo,
y sé que del mal partido
que hoy toma el enojo ciego,
no puede llegar mañana
sin el arrepentimiento.
No... *Marquesa.* ¡Llanto inútil! Así
entrambos lo hemos resuelto.
Marq. Sí, señora, y es constante
la resolucion. Yo creo
que no me queda que hacer
algo mas por complaceros.
A Dios, señora; Matilde, *yéndose.*
á Dios; á Dios, muger. *Ansel.* ¡Cielos!
Marquesa. A Dios, señor.
Vase el Marques.
Anselm. Se me parte
el alma de desconsuelo.
Marquesa. Anselmo, aguardate aquí
un rato, que pronto vuelvo. *Vase.*
Anselm. ¿Debo creer á mis ojos?
¿Qué accidente tan adverso
nos desune un matrimonio
tan regular y tan bello?
Yo habria jurado que
estos Señores tan buenos
vivirian, aunque fuesen
cien años, siempre contentos
y juntos, sin tener nunca
entre sí quejas ni enredos.
Todo estoy fuera de mí,
porque este asunto es muy serio...
Ahora que habia mi amo
dexado los devaneos
de mozo, y que yo tambien
me habia casado sin serlo...
¿Ahora que la paz, el gozo,
la abundancia, y el gobierno
reynaban en esta casa,
amanece tan funesto
dia en ella? ¡Qué mudanza!
¡y qué resultas! *Sale la Marquesa.*
Marquesa. Anselmo,
aquí tienes una nota
con un papel á la larga.
de todo lo que reservo
para mí, y á tu cuidado
y disposicion lo dexo.
Quiero la mesa en la pieza
al norte, que está mas léjos,
y para ocho ú diez personas.
Anselm. Muy bien, Señora, yo os beso
los pies. *enternecido.*
Marquesa. Ve con Dios amigo:
fia en mi agradecimiento,
y sirve bien á tu amo,
que es lo que mas te encomiendo.
Anselm. ¡Ay mi Señora! En el dia
que separados os veo,
¿qué me queda que esperar
de los beneficios vuestros?
Esta idea me divide
el corazon por en medio.
A Dios mi amada Señora. *Vase.*
Marquesa. ¡Qué buena ley! El afecto
de este hombre me ha enternecido:
no tenia tan buen concepto
yo de él. ¿Luisa? *Sale Luisa.*
Luisa. Señora.
Marquesa. Haz que entren aquí dentro
el tocador dos Lacayos.
Luisa. No ha venido el Peluquero
en todavía.
Marquesa. No importa. *se vá Luisa.*
Tú me compondrás el pelo.
El lance es fuerte: que estoy
desazonada confieso...
Pero ello tarde ó temprano *resuelta.*
habia de parar en esto.
Sale Luisa. ¿Hay separacion, Señora?
Sacan dos Lacayos el tocador, le ponen á un lado, y salen otras dos criadas.
Marquesa. Y para siempre.
Luisa. Me alegro.
Marquesa. Peyname, ó ponme una cofia,
que es mas breve; porque espero
esta mañana á Jacinta.
¡Ay! y ahora que me acuerdo
al Condecito del Rollo,
que me pidió muy atento
licencia para venir
á verme hoy. *Luis.* Yo lo celebro. *con fisga.*
Marquesa. ¿Qué, no te gusta?
Luisa. ¡Oh, el Conde
es un lindo Caballero!
¡El Conde! es lo que en Madrid

se

se llama un hombre perfecto.
El servidor de las Damas,
el xefe de los cortejos,
y el coco de las tertulias.
A fé que entre todos estos
que os vienen á hacer la corte,
otro mas digno no veo,
ni mas amable. *Marquesa.* ¡ Ola ! ¿tiene
la ventura ese sugeto
de agradarte? *Luis.* Era preciso
tener un gusto perverso,
para decir lo contrario.
Marquesa. Bien puede estar satisfecho
de lo feliz que es contigo: *bufoneándose.*
pero entretanto te ruego, *enfadada.*
que atiendas mas á lo que haces,
y que me despaches presto.
Luisa. Discurro que hasta que venga
nos sobrará mucho tiempo;
que á las tres de la mañana
aun se estaba divirtiendo,
y se recogió á las quatro.
Marquesa. ¿Y quién te ha dicho á tí eso?
Luisa. Un Lacayo suyo. Entre
vecinos nada hay secreto.
Marquesa. ¿Y te dixo mas?
Luisa. Que anoche
una gran cena tuviéron
en casa de Doña Justa
con el Baron de San Telmo,
y otros amigos. *Marquesa.* ¿ En casa
de Justa? *Luisa.* Ni mas, ni ménos:
y el héroe de la funcion,
fué su Señoría. *Marquesa.* Quedo,
muger ó diablo, que hoy
no hay para tí sufrimiento.
Luisa. Señora....
Marquesa. Señora...Marcha *remedándola.*
con el tocador adentro.
Luisa. Falta... *Marquesa.* Si faltase algo,
yo llamaré... Despachemos.
Criada 1. ¡ De qué mal humor está!
Criada 2. Hoy anda aquí el diablo suelto.
Vanse, llevando el tocador.
Marquesa. ¡En casa de Justa! Vaya,
ya tenemos manifiestos
los negocios tan urgentes
y graves, que le impidiéron
hallarse en el bayle anoche,
y faltar lugar de vernos
en dos dias... Pero Luisa
habla mucho, y yo no debo
condenarle sin oir
lo que él me diga primero.
Sale un Page. El Señor Conde del Rollo.
Marquesa. Que entre, y ponle un asiento.
Sale el Conde en frac, papelillos, castaña, su bastoncillo, &c.
¡ Jesus, Conde! Se conoce
la mala noche, por cierto.
Cond. No, señora; mi semblante
solo anuncia los tormentos
de la ausencia de dos dias,
que infeliz no pude veros.
¡Mas qué hermosura! La aurora
no esparce tantos reflexos
de luz, como vuestros ojos.
¡Y qué propio, qué perfecto
está el peynado! *Marquesa.* Pues hoy
yo misma me le he compuesto.
Cond. Pues yo jurára que solo
podia ser peluquero
tan primoroso el amor.
Marquesa. Hoy venís muy lisonjero.
Cond. Jamas lo he sido.
Marquesa. Sentaos.
Cond. Antes soy justo. *Marquesa.* Lo creo.
¿Qué es lo que hicisteis ayer?
Cond. Señora... Ayer... no me acuerdo.
Es tan fastidioso el mundo,
que á la verdad es un necio
quien no se separa de él,
á vivir en el desierto
mas árido. Marquesita,
creedme, y enviad á paseo
todo ese tropel de monos
que andan al rededor vuestro:::
y á propósito, qué bromas,
qué disputas habrá entre ellos,
por conquistaros. ¿Habeis
hecho ya eleccion? Hablemos
en confianza. *se acerca con la silla.*
Marquesa. Esa duda
me admira. *Cond.* Soy indiscreto,
quizá. *Marquesa.* No, de modo alguno;
porque en el dia no tengo

que disimular, ni pueden
reconvenirme. Es muy cierto,
que otra se aprovecharia
de mi libertad, viviendo
ya, como yo divorciada
del Marques. *Cond.* ¿Eso tenemos?
se levanta alegre.
Yo os doy mil enhorabuenas,
Marquesa mia. Bien hecho;
ya os lo tenia yo dicho, *se sienta.*
que el Marques era muy bueno;
mas para sacar partido
de su muger, era lerdo
el infeliz. ¿Con que os dexa
á vuestras anchuras? Eso
es admirable. *Marquesa.* Sí, Conde;
pero no juzgueis que pienso,
por mirarme independiente,
abandonarme á cortejos
mequetrefes, ni que hallo
tampoco, entre los que tengo
tratados, alguno digno
de mi eleccion, á este efecto.
Cond. Eso es ser muy rigurosa,
señora: Luis, por exemplo,
es amable, aunque es verdad
que es hablador y embustero.
Marquesa. Son un bello par de gracias.
Cond. Vaya el Baron de San Telmo,
que es buen mozo; aunque el carácter
tiene mucho de grotesco,
y necesita ántes ser
disciplinado algun tiempo
por una muger mayor.
Marquesa. Al contrario, es muy modesto
y agradable, circunstancias
que alguna vez me le hiciéron
distinguir de los demas.
Cond. ¿Distinguir? ¡Jesus, qué yerro!
Vaya no le conoceis:
¿y el Vizconde? *Marquesa.* Es un sugeto
muy juicioso. *Cond.* Sí; aquel juicio
muy parecido en extremo
al del borrico cansado.
¡Y el Cadetico Manchego?
Marquesa. Ese es un niño de escuela.
Cond. Teneis razon; todos ellos
no os convienen. Pero vamos
ahora formales: ¿qué empleo
pensais dar á esa preciosa
libertad? *Marquesa* Darla el aprecio
que merece, y disfrutarla.
Cond. ¡Falta de conocimiento,
y niñada! Nadie goza
los hechizos alhagüeños,
de la dulce libertad,
sino en el propio momento
que la renuncia: y la debe
solo reservar el cuerdo
con ánimo de perderla
á propósito, y á tiempo.
Marquesa. Estais entendido: emplearla
desde luego en vos. *sonriéndose.*
Cond. Es cierto:
yo era lo que os convenia,
á no estar como me veo
sitiado por todas partes:
¿mas qué recurso, qué medio
habrá para desprenderme?
Marquesa. Ninguno, ni os lo aconsejo,
amigo; pues aunque no
me asombrára á mí otro riesgo
que el de las iras de Justa,
renunciára mis derechos.
Cond. ¡La Justa! ¡buena muger!
aunque de poco despejo.
La Justa... ¡qué chiste! ¿Ya
han venido con el cuento?
¿Y qué? Sí, señora: ayer
me convidó con empeño
á cenar en una casa
que ha tomado hoy en Pozuelo
de Arabaca, á mis expensas.
Llevé cinco ú seis sugetos
de buen gusto, amigos mios:
ella, otros tantos portentos
femeninos, con que hubo
unos ratos estupendos,
y se cenó á toda ley:
bebimos como tudescos:
yo dixe mil cosas buenas,
porque estaba para ello
á noche: á eso de las dos
en sus coches se volviéron
todos: y yo me quedé
aun allá á tomar el fresco

co-

cosa de media hora mas.
Marquesa. No es propio de un caballero,
Conde, ese modo de hablar:
y la opinion y el respeto
de una Dama, en vuestra boca
á fé que están bien expuestos.
Conde. La opinion de una Madama...
el agravio que podemos
hacerlas que las desluzca,
solo es plantarlas; por eso
yo jamás planto á ninguna:
me hago plantar, y las dexo
á ellas toda la gloria
y honores del vencimiento.
Ya veis, Marquesita mia,
que hay en mí unos verdaderos
principios.
Marquesa. Y bien fundados;
pero yo no los apruebo.
Cond. De veras que yo quisiera,
solo por interes vuestro,
encontraseis con un hombre
como yo. *Marquesa.* Me lisonjeo
de que estaria alojada
como Justa, y á lo ménos
viviria sin el susto
de verme plantada. *Cond.* Esto
ha sido todo una chanza.
Lo que hay que pensar mas serio,
aquí entre los dos, es que
no perdais el mejor tiempo
de la vida, disipando
vuestras gracias sin provecho.
Marquesa. Mi ánimo por ahora es
no incurrir en tal exceso.
Cond. Por ahí no se vé otra cosa.
Marquesa. No lo ignoro; y por lo mesmo
siempre seré muy dificil
en la eleccion, si resuelvo
hacer alguna. *Cond.* ¿Pues qué
á vuestra edad, y con vuestros
méritos seriais constante?
si yo llegara á creerlo
fuera capaz de hacer una
locura. *se levanta.*
Marquesa. Tened sosiego;
y decidme, ¿qué locura?
Cond. De tener juicio, y haceros
Se sienta.
la corte de buena fé.
Marquesa. Sois gracioso, y muy discreto
en vuestras declaraciones.
Cond. Si no anduve por rodeos,
vos lo disimulareis,
que no es por falta de ingenio;
sino porque es la primera
que en toda mi vida he hecho.
Hasta aquí siempre me habian
ahorrado aun el corto empeño
de ser yo el que me insinuase.
Marquesa. Yo os perdono este pequeño
primer ensayo, y os juro
que no puede, ni por pienso,
disgustarme. *Cond.* ¿De verdad?
¿Con que aprobais (esto es bueno)
que os idolatre? Decidme:
¿y vos con igual afecto
me idolatrareis á mí?
Marquesa. Eso es otra cosa: el tiempo
burlándose.
dirá si lo mereceis.
Cond. Mirad este ayre, este cuerpo,
se levanta.
y sobre todo mi pico,
os dirán si lo merezco.
Marquesa. Ya he visto esas perfecciones,
y nobles ideas; pero
no bastan á merecer
mi confianza, ni debo
determinar al instante
mi inclinacion. *Cond.* Pues yo creo
que pudiera sobrar mucho.
En fin, señora, abreviemos:
yo estoy harto de seguir
la moda: busco un objeto,
en que fixarme: le hallé,
y ya de él no me desprendo;
pero no ha de ser en valde:
por lo que mira al propuesto
término, que necesario
juzgais para resolveros,
por único y perentorio,
sin exemplar, os concedo
veinte y quatro horas; y á fé,
que se conoce que os quiero,
porque nunca he dado tanto.

Marquesa. Lo creo así; mas yo tengo
muy lenta la reflexîon,
y vos sois, á lo que veo,
muy vivo, para que en este
asunto nos acordemos. *levántanse.*
Cond. ¿Pero no es un disparate
malograr la edad, y el tiempo
en consultar si amareis,
ó no amareis? *Marquesa.* Caballero,
ni sé si amaré, ni lo *séria.*
que tardaré en resolverlo;
pero no es tiempo perdido,
el que ahorra el sentimiento
de haber elegido mal, *séria.*
quando no tenga remedio.
Conde. Yo os admiro, Marquesita,
os admiro; mas no tengo
el honor de haber nacido
de casta de Caballeros
andantes, ni vine aquí
á hacer coplas: y supuesto
que sois de reflexîon tarda,
en la soledad os dexo,
y me retiro por no
turbar vuestro entendimiento.
Ella se lo pierde; vaya
que la muger es un leño. *ap. Vase.*
Marquesa. Apénas puedo alentar
del asombro con que quedo.
¿Esto es un hombre á la moda?
¿El hombre que llama el Pueblo
amable por excelencia?
él me hace el favor supremo
de decirme que soy linda:
¿y si juzgára mi genio
capaz de constancia, hiciera
la locura y el exceso
de amarme? Para que yo
resuelva ser su cortejo,
me da veinte y quatro horas...
despues se va tan sereno...
¿De esta manera se abaten
las damas, contribuyendo
á su desayre, y los hombres
las sujetan á su imperio
con tanta facilidad?
Detras de aquel alhagüeño,
de aquel seductor semblante,
(que si la verdad confieso
era agradable á mis ojos,)
¡qué presuncion, qué desprecio
de todo, si no de sí,
se encubrian! Ahora veo,
que la desgracia mayor,
y que el mayor vilipendio
de qualquier Dama, es dexarse
cortejar de un majadero.

ACTO SEGUNDO.

Sale el Page. ¿Si estará por ahí Luisita,
para que me diga el cuento
de la riña que los amos
han tenido, con sus pelos
y señales? porque fuera
en un criado defecto
reprehensible no saberle,
para referirle luego
á quantos se lo pregunten,
ó no pregunten.
Sale la Criada 1. ¿Don Diego?
Pag. ¿Qué hay, Teresita de mi alma?
Criada 1. Ahora sí que ya podremos
hablarnos algunas veces.
Pag. ¿Con que hay divorcio en efecto?
Criada 1. Y para siempre. *Pag.* Mejor:
oyes ¿qué hace el ama?
Criada 1. Adentro
tomando está chocolate.
Pag. ¿Y Luisa?
Criada 1. Está previniendo
los trastos para vestirla.
Pag. ¿Y sabes bien por extenso
la camorra, los motivos,
y cosas que se dixéron?
Criada 1. Bien no; pero ántes que acabe
el dia de hoy lo sabremos.
¿Y la guitarra? *Pag.* Debaxo
de aquella silla la tengo:
pero, ¿por qué lo preguntas?
Criada 1. Anda, sácala, que quiero
repasar las seguidillas
de á noche. *Pag.* Yo no me atrevo,
porque están de mal humor.
Criada 1. Será en el departamento
baxo, que por acá arriba

to-

todo es risas y bureos.
La Marquesa dixo ahora,
que ínterin están comiendo,
se repasen las tonadas
y juguetes que sabemos,
y compongamos las ropas
que requieren. *Pag.* ¿Con qué intento?
Criada 1. Con el de hacer una folla,
y divertir al sereno
del jardin á la tertulia,
por ser cortas para juego
las noches, y calurosas.
Pag. ¡Magnífico pensamiento!
Cómo rabiará el Marques.
Criada 1. ¿Y qué se nos da aquí de eso?
¿sacas la guitarra, ó no?
Pag. Aquí la tienes, lucero
de la casa. *Criada 1.* Toca, sol
del Rodrigon emisferio.
Pag. Pues canta tú, camarista
de los retretes de Venus.
Criada 1. Vayan las de á duo.
Pag. Vayan.
Criada 1. Pues no perdamos el tiempo.
Cantan seguidillas de gusto.
Sale Luisa. ¡Bueno! Teresa, ¿no sabes
que el ama se está vistiendo?
Criada 1. No.
Luisa. Pues por tí ha preguntado.
Criada 1. ¡Triste de mí! voy corriendo. *vas.*
Luisa. Y tú, holgazan...
Pag. No hay tal, que
bastante trabajo tengo
en tratar con quatro mozas
bonitas, y de mal genio.
Luisa. ¿Y con quál te casarás?
Pag. Con ninguna; pero creo *campanilla.*
que viene el ama, y llamáron.
A Dios, chusca. *Vase.*
Luisa. A Dios, mostrenco.
Sale la Marquesa. ¿Qué haces aquí?
Luisa. Estoy quitando
las motas.
Marquesa. ¿Y qué hace Diego,
que no responde? *Luisa.* Yo juzgo
que ya la puerta han abierto.
Sale un Page. Señora, la Capitana.
Marquesa. ¿Por qué la detienes, necio?
Sale la Capitana Doña Jacinta.
Doña Jacin. ¡Viudita mia! Permite
que te abraze, y dé cien besos
en albricias de que ya
desde hoy te gozaremos
tus amigas. *Marquesa.* ¿Qué, ya sabes
lo que ha pasado?
Doña Jacin. Al momento
que pasó me lo contáron
en casa ni mas ni ménos.
Marquesa. Pues me ha costado bastante
resolverme. *Doña Jacinta.* Yo lo creo.
Pues aunque el amor y chistes
de mi Capitan, me acuerdo
que me cansaban bastante,
jamas me habria resuelto
á separarme de él; mas
dichosamente me hiciéron
los Ingleses este gusto,
ú este pesar: lo que es cierto,
que me costó algunos llantos.
Marquesa. Pero se secáron presto.
Doña Jacin. El primer amigo, que
me consoló, fué el espejo.
Bien temprano al otro dia
delante del Peluquero,
me declaró, que aun podia
mi pesar tener remedio.
Marquesa. Y como tú eres tan dócil,
creiste tan buen consejo.
Doña Jacin. La experiencia me mostró
que habia sido verdadero;
pues aun sin cumplir el mes
fué tomando un incremento
tan brillante mi tertulia,
empeñada en mi consuelo...
Pero volvamos á tí.
¿Querida, y ahora qué haremos?
Tú has de pensar que hoy empiezas
á vivir, en el supuesto
de la libertad que gozas.
No conoces tú el concepto
de decirse una muger,
qualquiera... Yo no dependo
sino de mi voluntad.
Yo soy toda mia, y puedo
hacer de mi capa un sayo.
¡Ah Marquesa! ¡Qué perfecto

es-

estado! Verás floridos
desde hoy todos los terrenos
que pises: todo será
para tí fiestas y juegos:
tendrás á bandadas los
suspirantes Caballeros
al rededor de tu oido;
pero cuidado entre ellos
con la eleccion, porque de esta
pende tu gusto, el sosiego
de tu corazon, y la
vanagloria del acierto.

Marquesa. Jacinta, ¡qué loca eres!
Me crees de tan poco seso,
que por verme libre, abuse:::-

Doña Jacin. Sí: yo seré loca; pero
fundada en las experiencias,
tengo tambien mis accesos
de razon, que te podrán
servir de mucho provecho.
Verbi gratia: estás peynada
hoy con un ayre tan nuevo,
tan elegante, que al punto
declara tus pensamientos
de pretension. Vaya, dime,
¿hay algo? *Marquesa.* Será un efecto
de casualidad; pues nunca
en el tocador me he puesto
tan distraida. *Doña Jacin.* ¡Ola, ola!
¿Distraida? Para eso
de distracciones, no hay quien
tenga mas conocimiento
que yo, hija, por las muchas
que cada dia padezco;
y apostaria:::-

Dent. Doña Laur. ¿Está en casa?

Marquesa. Ahí está Laura.

Doña Jacin. Tendremos
buen rato, porque vendrá
con Don Quintin de cortejo
en cierne, y es un almíbar
para los ojos el verlos.

Sale Doña Laura, y Don Quintin hablando aparte.

Doña Laur. El caso es escandaloso,
y ciertamente que siento
haya pasado en mi casa.

Doña Jacin. Ya: bien dicen que lo bueno
se debe hacer desear.
Dos horas ha que te espero.

Marquesa. Seas muy bien venida, Laura.

Doña Laur. Bastante impaciente vengo;
pero acabo de tener
una aventura, por cierto
bien desagradable, que
me detuvo. *Marquesa.* Con efecto,
parece que vienes triste:
¿se puede saber? *Don Quin.* Todo ello
es nada: es una miseria,
que no importará dos bledos.

Doña Laur. Si yo no me interesara
de veras por todo aquello *á la Marquesa.*
que respeta á tu opinion,
lo sintiera mucho ménos.

Don Quin. Señora, repare usted *ap. á ella.*
la importancia del secreto.

Marquesa. ¿A mí me interesa?

Doña Laur. Sí.

Marquesa. ¡En qué cuidado me has puesto,
muger! Habla. *Doña Jacint.* ¿Para qué,
si dice este Caballero
que es todo una bagatela?
¿Sabes lo que es? Algun cuento
de tu marido, ó alguna
majadería que ha hecho.

Doña Laur. No estás en el caso.

Marquesa. Hija,
que me lo digas te ruego.

Sale el Page. Del Señor Conde del Rollo
trae un Lacayo este pliego.

Marquesa. ¿De quién?

Doña Laur. ¿Del Conde?

Don Quin. A Dios; todo
vá á descubrirse al momento.

Marquesa. ¿Y aguarda respuesta?

Pag. No
Señora: se fué corriendo,
porque dixo que su amo
estaba no sé si muerto,
ú como.

Marquesa. ¿Qué dices, hombre?
Mas del papel lo sabremos.

Lee. "En fin, bella heroina del siglo, ya
"os he hallado un Caballero sirviente.
"El Baron y yo hemos tenido en casa
"de Doña Laura unas palabras en
quan-

"quanto á vmd., de que ha resultado "quedar yo ménos ayroso; pero no "ménos su amigo: y como él es discre"to y reservado, yo he querido instrui"ros, porque sentiria mucho que el "Baron perdiese el fruto de su victoria."

El Conde del Rollo.

Repres. ¿Qué es lo que acabo de leer?
¿Qué aventura es esta, Cielos?
¿El Conde pudo llevar
su indiscrecion á éste exceso,
y añade la impertinencia
de escribírmelo? No creo
que puede haber en Madrid
otro tonto mas perfecto.

Don Quin. No teneis de que asustaros;
porque esta aventura, léjos
de estaros mal, os hará
mucho honor en todo el pueblo.

Marquesa. Pero ¿qué es?

Don Quin. La historia es corta;
y como testigo puedo
contarla al pie de la letra.
Desde aquí se fué derecho
el Conde á ver á esta Dama,
como disgustado y serio:
preguntámosle el motivo,
y al punto respondió, vengó
de ver á la Marquesita,
que ayer en los Recoletos
me citó para hoy temprano:
fuime: comenzó á hacer gestos
y chistes de Señorita:
tanto, que me puso presto
en precision de escurrirme,
porque ya me tenia seco
con sus si es... no... pues ya...
todo está dicho con esto:
por fin la dexé plantada.
Y por remate del cuento,
añadió, si yo me hubiera
tomado por pasatiempo
ú extravagancia, la pena
de fingirme como suelo
el amante apasionado...
la pobrecilla...

Marquesa. ¡Ah perverso! *impaciente.*
Mien te el pícaro. *D. Quint.* Bien saben
todos que es un embustero.
Hallábase por ventura
allí el Baron de San Telmo,
que tiene ménos prudencia
que yo; y le dió un verdadero
testimonio de que no
creia nada de aquello:
picóse: saliéron juntos,
y aunque los seguí á lo léjos,
no pude quitarle un par
de estocadas en el cuerpo
al tal Conde. *Marquesa.* ¿Y el Baron?

D. Quint. Sacó un piquete ligero
en la mano. Llevé al Conde
á su casa, y muy contento,
ínterin que el cirujano
venia, pidió el tintero,
sin duda para escribiros
ese papel tan discreto.
Dexéle, y me volví á casa
de Madama: este es el hecho.

Marquesa. Sin duda soy desgraciada.

Dña. Jacin. ¿Con que hoy no le tendremos?

D. Quint. ¿Hoy? Ya tiene que rascarse
tres semanas por lo ménos.

Doña Jacin. Y le teniamos citado
para escoger unos juegos
de hebillas de gusto, y cintas
de moda, que para esto
solo tiene habilidad:
pero las tres nos iremos
con el señor Don Quintin.

Marquesa. No estoy de ese humor, y quiero
hablar al Baron, si viene,
porque el lance sofoquemos
ántes que llegue al Marques:
á cuyo fin voy adentro
á dar una órden precisa.
Perdonad que al punto vuelvo. *Vase.*

D. Quin. La Marquesita ha tomado
el asunto muy á pechos.

Doña Jacint. Falta de uso: es una niña;
pero ya la formarémos.

D. Quin. Si el Baron quiere encargarse
de ese cuidado, ahora es tiempo.

Doña Laur. D. Quintin, usté es un loco,
ú se excede en suponernos

tan

tan fáciles á las Damas.

D. Quin. ¡Ay, señora! que yo veo
que una muger se defiende
muy mal de aquel Caballero,
que la defiende muy bien;
y mas si el tal es sugeto
que agrada, y que no incomoda.

Doña Lau. Decid, ¿pues qué fundamento
teneis para persuadiros
que pueda agradar San Telmo
á la Marquesa?

D. Quin. Bien claro
está.

Doña Laur. Pues yo no lo entiendo.

Doña Jacin. A fé que tiene razon;
y algun oculto misterio
podrá haber entre los dos,
que nosotras no sabemos.

Sale la Marquesa.

Marquesa. ¿De qué se trata, señoras?

Doña Jacin. Amiga, estámos haciendo
el elogio del Baron.

Marquesa. Que me ha obligado confieso
con la generosidad
de su buen procedimiento.

D. Quin. ¿Qué dixe yo? ¿Ven ustedes
como soy buen agorero? *ap. á las otras.*

Marquesa. Aunque me ha picado, que
anduviese tan ligero.

D. Quin. Señora, un hombre de bien,
en mediando los respetos
de una Señora, se ciega.

Marquesa. Pudiera cegarse ménos.
Hijas, si teneis que hacer
no es mi ánimo deteneros,
que yo tambien necesito
media hora de sosiego;
pero os aguardo á comer.

Doña Jacin. Eso se da por supuesto.

Marquesa. Y no solteis al Señor.

Dña. Jacin. Al instante volveremos. *abraz.*

Doña Laur. A Dios, hija.

Marquesa. ¿Para qué,
si al instante hemos de vernos?

Don Quin. No es fineza; es la costumbre
del abracito y el beso. *vanse las 3.*

Marquesa. En fin, ya estoy enterada
de todo, y no sé si debo
agradecer al Baron
el interes y el esfuerzo;
ó reprehenderle que tan
fácilmente me haya expuesto
á ser asunto en Madrid
de tertulias y paseos.
Lo que importa prevenir
sobre todo es el secreto,
y á este fin le hice llamar,
aunque su venida temo;
pues si quien le dió el impulso
fué su amor... no sé... ¿Qué es eso?

Sale el Page. Este papel.

Marquesa. ¿De quién es?
Hoy todo me asusta. Leo.

Lee. »Prima de mi vida: El pintor que »hizo tu retrato, acertó de modo, »que quiero que haga el mio. Un año »ha que mi marido me atormenta por »que se le dé para una sortija, y al »fin me he resuelto á dársele para sus »dias; pero no quiero que lo sepa »nadie mas que los tres. A este fin »iremos á las cinco de la tarde á tu ca»sa de incógnito: él me asegura que »no necesita mas de una hora para »tomar el ayre del rostro, y lo demas »del tiempo lo pasará contigo para »darte gracias tu prima de corazon.»

Petra Hipólita.

El sobrescrito al Page, y vase.

Repres. Estoy yo para aventuras
por hoy ciertamente; pero
ella para no salir
me servirá de pretexto.

Dent. Bar. ¿Está en casa esta Señora?

Marquesa. Dí que está bien, que la espero.
Baron ¿por qué no entra Usia?
Acércalé aquí un asiento. *al Pag. y vas.*

Bar. Aguardaba la licencia.

Marquesa. Sois de este quarto muy dueño.

Bar. Aquí me teneis á todo
quanto ceda en vuestro obsequio.

Marquesa. ¿Cómo estais?

Bar. Bueno, Señora. *se sientan.*

Marquesa. Hablad formalmente. ¿Bueno?

Bar. ¿Por qué me lo preguntais
segunda vez? No lo entiendo.

Mar-

Marquesa. Yo lo sé todo, Baron:
que Don Quintin de Acevedo,
que ha sido testigo, me
lo ha contado por extenso,
y os llamo para deciros
mi justo resentimiento.
Bar. Pues supuesto ya, Señora,
que él os reveló un secreto,
que pensaba por mi vida
sepultar en el silencio,
no condeneis mi conducta,
sin escucharme primero.
Marquesa. Dudo que encontreis disculpa,
y estoy:::- *Bar.* ¿Pude yo hacer ménos,
Señora? ¿Quál es el hombre
de forma, que aun no teniendo
interés por una Dama,
en qualquiera lance de estos
no se acalora, y defiende
su opinion y sus respetos?
Ved qué hará el que sea testigo
de que un fatuo está ofendiendo
el honor de la persona
mas digna en el universo
de aplauso, y que mas estima
el propio que lo está oyendo.
Marquesa. Conozco vuestra grandeza
de ánimo; pero no puedo
aprobar vuestra conducta,
ni perdonar que un sugeto,
de la importancia que vos,
me comprometa en el riesgo
de ser fábula de todos.
Bar. Yo solo hice lo que debo;
otro en mi lugar haria
mas quizá, y con mas estruendo.
Marquesa. ¿Y qué mas pudiera hacer?
En fin, ya pasó; yo cuento
con vuestro juicio y prudencia,
y la gratitud no niego
que debo á vuestro valor.
Mas no tendré que deberos
si me faltaseis:::- *Bar.* Señora,
¿y de mí podreis creerlo?
Marquesa. No, que para dudar de
vuestro pundonor os creo
amigo muy generoso,
y amigo no de estos tiempos.
Bar. Ese título, señora,
me lisonjea; y contento
de haberle logrado, á él
limitára mis anhelos,
si mis cuidados y finas
ansias no me hubieran puesto
en precision de esperar
aun mas de lo que merezco.
Sí, Marquesita, yo os amo,
vos lo sabeis, y me tengo
por el mas infeliz hombre
de todo el mundo, si vuestro
corazon no corresponde
al mio, como apetezco.
Marquesa. Esa confesion tan clara
da sobrado fundamento
á sorprenderme; y si yo
os estimara algo ménos,
solo os respondiera para
no volver jamas á veros.
Conozco que pretendeis
exîgir muy pronto el premio
del peligro á que por mí
poco há os habeis expuesto.
Bar. Señora, eso es confundirme.
¿Me teneis en el concepto
de tan cobarde? *Marquesa.* No, yo
os hago justicia, y esto
de las ansias y cuidados
que ahora declarais os cuesto,
dias há pude advertirlo,
si no pude agradecerlo.
Bar. ¿Y por qué?
Marquesa. Porque ligada
yo con los lazos perpetuos
é indisolubles, las leyes
solo del honor atiendo,
y es fuerza sea insensible
á la voz de otros afectos.
Bar. ¿Ahora citais esas leyes?
Si hicieran todas lo mesmo,
fuera la vida insufrible.
Marquesa. Ese es un moral muy nuevo
para mi oido, que nunca
supe, ni saberle quiero.
Yo soy muchacha, y no soy
insensible, lo confieso;
mas mi sensibilidad,

mi edad, y algun mal consejo,
nunca podrán distraer
mis errados pensamientos.

Bar. La confesion de mi amor
os irrita, ya lo veo,
señora, y por mi desgracia
me aborreceis.

Marquesa. No por cierto,
señor Baron, y estoy tan
distante de aborreceros,
que os estimo; y mas diré,
que si alguna vez mi pecho
llega á inclinarse, serán
las muchas pruebas, el tiempo,
y una habitual confianza
de la intencion del sugeto,
las que la eleccion disculpen,
ya que no puedan el yerro.

Bar. Bella Matilde, me dais
la vida, pues á lo ménos
me queda alguna esperanza:
permitid que á los pies vuestros
rendido::- *de rodillas.*

Marquesa. ¿Qué es lo que haceis?

Se levanta enfadada.

Ved que con tales extremos
solo podreis conseguir
desde hoy mi aborrecimiento.

Bar. Antes de exponerme á él
diera mil vidas. *Marquesa.* Yo creo
que os he dicho mucho mas
que era razon; y callemos,
pues miro que vuelven ya
las amigas.

Salen Doña Jacinta, Doña Laura, y Don Quintin.

Los tres. ¡Bueno, bueno!

Doña Jacin. ¡Los dos mano á mano, lindo!
y el Baron está suspenso,
y triste. ¿Le has regañado?

Doña Lau. Si lo mereció, bien hecho.

D. Quint. El se sabrá disculpar;
no hay por qué compadecerlo.

Doña Jacin. Venimos de hacer, Marquesa,
los mas bonitos empleos
del mundo; y aunque de prisa,
allí escogidas te dexo
tres batas de los colores
de última moda, y muy bellos.

Marquesa. ¿Qué colores son?

Doña Jacin. La una
es de color de escremento
de ánade; la otra color
de calabacin relleno;
y otra mezcla de puzó,
verdolaga, y caramelo.

Doña Lau. Ayer llegáron de Francia.

D. Quin. Se chupará usted los dedos
al verlas. *Doña Jacin.* Ya he prevenido
que te las trayga un mancebo.

Doña Lau. Yo he tomado los iguales
con tener ménos dinero
que tú.

Doña Jacin. Madama Chonchon
es la única que tenemos
aquí de buenos surtidos.

D. Quin. Y barata, en conociendo
que la han de dar lo que pida.

Doña Jacin. No es cara: mira en seiscientos
reales qué hebillas, y tienen
de plata mas de tres pesos.

Sale un Criado con una servilleta al hombro.

Criado. La comida está servida,
señora. *Marquesa.* Al instante irémos.

Doña Jacin. Quanto ántes, porque yo
tengo un hambre que me pelo.

D. Quin. ¿Teneis duendes en los cascos,
Baron? Hoy no es dia de eso,
hombre.

Doña Jacin. Viva la alegría.
¿Qué falta nos hace el necio
del Conde? Y tú, mi Marquesa,
pierde de una vez el miedo,
y haz quanto te dé la gana,
como las demas hacemos.

D. Quin. Viva ese corazonazo:
nuestra capitana á ellos.

Doña Jacin. A fe de muger de honor,
me hallo de tan placentero
humor hoy, que soy capaz
de embromar al universo:
vamos, niña, que es preciso
celebrar con vino y versos
el dia feliz, que vuelves
á salir del cautiverio.

Bar.

Bar. Vamos señora. *Entranse de tropel.*
Marquesa. Id entrando,
que ya os sigo. ¿Justos Cielos!
reflexîva y ap.
nada deseaba mas
que la libertad; y advierto,
que en ella mi corazon
está mucho mas inquieto.

ACTO TERCERO.

Sin acabar la música del entre-acto sale el Marques pensativo, y se tira en una silla de brazos. Poco despues sale Anselmo como temeroso; luego que le ve se levanta el Marques, cesa la música, y le dice:

Marq. ¿Dónde está Matilde? ¿Qué hace?
Ansel. Señor, aun está en la mesa
con algunas gentes.
Marq. ¿Dónde
están comiendo? *Ansel.* En la pieza
del norte, que está al jardin.
Marq. Basta. Una silla me acerca,
se sienta.
y aguárdate. Bien lo habia
yo previsto en mis ideas,
que tendria una muger
como muchas. No me queda
ya recurso, ni aun la duda
de ser mi desgracia cierta.
Yo me veo combatido
de cien pasiones diversas.
¿Serán aborrecimiento,
que ya tengo á la Marquesa?
Eso no; porque la amaba
mucho para aborrecerla.
¿Serán zelos? No: conozco
demasiado su entereza
y honestidad, para que
tan fácilmente la ofenda...
¡En qué confusion estoy!
Dadme, Cielos, resistencia.
Ansel. ¡Ay, señor amado! ¿Quién
habrá que no os compadezca?
¡Si supierais el desórden
que en toda la casa reyna
desde esta mañana! Los
criados que se reserva
mi señora, con los vuestros,
por todo riñen y altercan.
Unos gritan, otros lloran,
otros callan, y desprecian
la comida; otros la cogen
sin servir, y se la llevan.
¡Qué destrozo de viandas,
de postres, y de botellas!
Aun á mí propio, porque
iba á tomar de la mesa
del repuesto dos perdices,
que habian sobrado enteras,
un lacayo de mi ama
me dió en la mano derecha
con el corte de un cuchillo,
diciendo con desvergüenza:
Suelte usted, y con las sobras
del ama nunca eche cuentas.
¡Qué confusion! ¡Qué desórden!
Marq. ¡Pues aun es una ligera
imágen de la que tengo
dentro de mí! Ten paciencia,
que yo mandaré mañana
á todos que te obedezcan,
y respeten como es justo.
¡Ah, Matilde! Tú que eras
tan digna de ser dichosa,
¿por qué quieres indiscreta
que unidos no lo seamos?
Yo creí que una fineza
constante, que una amistad
viva, y una complacencia
cariñosa, y sin exceso,
hiciesen feliz y eterna
nuestra union. ¡Vanos proyectos!
¡Ah! ¡qué fácilmente yerra
el hombre en sus prevenciones,
si el Cielo no las gobierna!
Ansel. Don Leonardo viene.
Sale D. Leonardo de vestido serio decente, y el Marques se levanta, y arroja en sus brazos. Anselmo se retira.
Marq. Amigo,
ya tienes en tu presencia
al hombre mas desgraciado,
que has visto sobre la tierra,
y aun el mas inconsolable.

D. Leon. Ya vengo en inteligencia,
querido Marques, de todo;
y he vuelto sobre mí apénas
del pesar, y admiracion
á que me obligó tal nueva,
quando vengo á acompañarte,
y á participar tus penas.
Marq. ¡Ah, Leonardo! tus consejos
son causa de que las tenga.
D. Leon. ¿Te atreves á hacerme cargo
de tan mal fundada queja?
Marq. Perdona, querido amigo.
Yo habia creido que en fuerza
de tu opinion, ocultando
en mí parte de la inmensa,
de la excesiva pasion
que tenia á la Marquesa;
que en dominando el delirio
con que amaba su belleza,
seria mas segura, mas
firme su correspondencia:
¡mas qué frívola esperanza!
Ella lo creyó tibieza,
y de todos mis desvelos
fué premio la indiferencia,
á que sucedió el disgusto
y escándalo en que me encuentras.
D. Leon. Tranquilízate, que el mal
con dulzura.
no es incurable. *Marques.* ¿De veras?
ansioso.
¿Mas qué remedio haber puede,
ni qué mas que hacer me queda?
Mi gusto, mi estimacion,
y desatino por ella
han sido públicos. Mas.
La he disimulado aquellas
distracciones disculpables
en su edad, y su viveza.
Yo no he empleado otros medios
que la dulzura con ella,
y mis buenos procederes,
deseoso de atraerla
á mí; pero no bastáron.
D. Leon. Pues aun ménos consiguieras
con reprehensiones, enojos,
amenazas, y violencias.
Modérate tú, que yo
conozco á nuestra Marquesa:
y los principios que tiene
de educacion, la pureza
de su espíritu, y el justo
modo con que siempre piensa;
confio que brevemente
mejorada te la vuelvan.
Marq. No me lisonjeo. Nave
que sin norte y experiencia
á los peligros del golfo
se abandona á toda vela,
¿cómo ha de poder librarse
de escollos, y de tormentas?
D. Leon. Antes de que le conozcan
varios al mundo se entregan;
mas luego que le conocen,
huyen de él, y le desprecian;
que alumbrada la razon,
entónces obra mas cuerda.
Marq. Pero sin conocimiento
del mundo, una muger bella,
muchacha, graciosa, y rica,
¿cómo ha de hacer resistencia
á las continuas lisonjas,
á la seduccion perpetua,
y á las aficiones de
su propia naturaleza?
D. Leon. Ella conocerá pronto
la insipidez y molestia
de los placeres que busca:
la locura de las hembras,
la vanidad de los hombres,
y la falsedad perversa
de los unos y los otros:
de suerte, que quando vuelva
virtuosa, su virtud
será mas constante y cierta,
porque ya conoce el modo
de conservarla ó perderla.
Así espero que Madama
ha de volver; pero cuenta,
no te afanes por buscar
un corazon que ella mesma
debe traer á tus manos.
Dala lugar á que venga,
que ella vendrá, y puede ser
mucho ántes que tú piensas.
Marq. Querido Leonardo mio,

¡ah!

¡ah! qué bien me lisonjeas;
pero conozco que son
todas astucias discretas
para evitar los furiosos
efectos de mi impaciencia.

D. Leon. Te hablo con sinceridad,
y mis discursos esperan
que el tiempo los justifique.
Lo que pretendo es, que creas
á un amigo que te ama:
todo á mi arbitrio te entrega:
dexa que yo te gobierne,
y vente conmigo: esta
casa te acuerda el motivo
del dolor, y le acrecienta:
ven adonde le disipes,
le calmes, ó le diviertas.

Marq. Es imposible. *D. Leon.* Perdona,
que como tú me prometas
dexarte curar, yo tomo
tu enfermedad á mi cuenta.

Marques. Ya me abandono en tus brazos,
como que ya no me queda
otro arbitrio.

Don Leon. ¿Anselmo? *Sale Anselmo.*

Marques. ¿Anselmo?

Don Leon. Trae un sombrero qualquiera
á tu amo, y un baston.

Marques. Y trae la espada. *Vase Anselmo.*

Don Leon. Es superflua:
y vámonos, que mi coche
está con tiro á la puerta,
nos esparciremos ambos.

Marq. Vamos á donde tú quieras,
amigo. Yo lo consiento:
Saca Anselmo sombrero y baston.
daca; pero quando intentas
aliviarme, de mí propio
me arrancas á toda fuerza.

Vanse, mirando el Marques al quarto de su muger con ansia.

Anselm. Pobre amo del alma mia.
El morirá de tristeza,
y yo de verle penar.
Ayer ¡qué delicia era
verlos alegres y unidos!
y hoy no hay parte adonde vuelva
los ojos sin afligirme.

Sale la Marquesa. ¿Anselmo, pues á qué en
aquí? ¿Cómo no acompañas (tras.
al Marques? ¿Por qué le dexas?

Anselm. Ha venido Don Leonardo,
y acaban de salir fuera
los dos juntos. ¡Ah, Señora!

Marquesa. ¿Qué dices? ¿De qué te quejas?

Anselm. Si ahora le vieseis, yo sé
que a compasion os moviera.
En su gabinete ha estado
toda la mañana entera,
sin vestirse ni peynarse:
no comió, ni durmió siesta.
Ya mira vuestro retrato,
y suspira: ya se sienta,
ya anda, ya llora, ya calla,
ya habla, sin que se entienda:
y temo, como esto dure,
que pare en una demencia.

Marquesa. Basta. Vete de aquí, Anselmo.

A la puerta el Bar. ¿Estais ocupada?

Marquesa. Venga,
venga acá, señor Baron.

Ansel. ¡Cómo me tratan! paciencia. *vase.*

Marquesa. Yo quiero absolutamente
me manifesteis ¿qué idea,
qué ilusion se ha apoderado
de vos mas ha de hora y media,
y os tiene triste y confuso?

Bar. No es dificil conocerla,
y mas para vos, Señora.
Despues que ya os tengo hecha
declaracion de mi amor,
¿puede haber duda que os quepa
del estado de mi alma?

Marquesa. Dificil es que os entienda.
¿Qué es lo que quereis decir? *dudosa.*

Bar. Que mi genio no tolera *serio.*
mucho, y le estais exponiendo
á las mas crueles pruebas.

Marquesa. ¿Quién? ¿yo?

Bar. Sí, Señora, vos.
Y las atenciones vuestras
por el señor Don Quintin,
las miradas en la mesa,
el cuidado de servirle,
y otras muchas complacencias,
ya me han hecho abrir los ojos

mas de lo que yo quisiera.
Templada. (do?
Marquesa. Y en fin ¿que habeis penetra-
Bar. Que es la muger una fiera, *fuerte.*
es un tirano que á todos
á su imperio los sujeta,
solamente por hacernos
esclavos de su soberbia;
é idólatra de sí misma,
hace de nuestras flaquezas
una diversion, y un triunfo
del infeliz que atormenta.
Marquesa. Os deban dar muchas gracias
las mugeres que lo sepan; *con ironía.*
y admiro la apología.
Pero hablando ya de veras,
¿qué es de lo que os quejais?
Bar. En mí, Señora, no hay queja;
pero veo sois lo propio
que las demas petimetras
de vuestro siglo. *Marquesa.* Si hubiese
yo dado lugar, creyera
que andan un poco los zelos *templada.*
con vuestro discurso á vueltas.
Bar. ¡Un poco, Señora! ¡un poco!
El hombre que á amar se entrega *fuerte.*
enteramente, no puede
jamas ser zeloso á medias.
Marquesa. Sosegaos, Señor Baron;
y decidme con franqueza: *pacífica.*
¿os ha dado Don Quintin
alguna sombra ligera
de cuidado? *Bar.* Permitidme,
que á repetirlo me atreva.
Yo vivo para vos sola;
y si igualmente me fuera
vuestro corazon sensible,
¿qué os importa toda esa
tropa de gente importuna?
Marquesa. ¿Aun no teneis quien ofrezca,
y ya exîgis sacrificios?
Bar. ¿Y por qué no? Si supierais
amar, os costáran poco:
yo lo juzgo por mi mesma
pasion. Exîgid, Matilde,
de mí quantas experiencias
gustareis, por mas penosas,
por mas terribles que sean,
vereis si mi corazon
se resiste ó titubea.
El gusto de complaceros
seria mi recompensa,
y todas las privaciones
para mí serian fiestas.
Marquesa. En realidad lo creeis
así, pero es apariencia; *con floxedad.*
cada privacion parece
separada, llevadera;
pero muchas juntas, luego
se resisten, ó se dexan:
os fatigarais muy pronto
con la continuacion de ellas;
y el deseo que mas logra,
tiene ménos permanencia.
Bar. ¿Qué me dexa que dudar
lo frio de tal respuesta?
Dignaos solamente de
disuadirme las sospechas
que me originan las dudas
espantosas que me cercan.
Marquesa. Amigo, los sacrificios
de las hidalgas finezas,
se hacen en el corazon,
y el silencio los reserva.
El amor propio los quiere
solemnes, y que se vean:
las victorias que consigue
poco su corazon llenan,
sin los públicos honores
de los triunfos que celebra:
y esto es á lo que aspirais.
Bar. ¿Y el hablar de esa manera
es amor? ¿Pero qué digo?
Concluyamos la materia,
señora. *Marquesa.* Muy bien.
Bar. Yo os amo
con la inclinacion mas cierta
y firme por mi desgracia;
y por daros una prueba,
sacrificára mil vidas,
y mil almas que tuviera;
pero Quintin, Don Leonardo,
el Conde, todos me inquietan.
Yo no respondo de mí,
si vuestro quarto freqüentan;
con que si me estimais, nada,

na-

nada puede haber que os sea
mas precioso que mi gusto
y tranquilidad. *Marquesa.* Es seria
la proposicion: ¿con qué
para destruir vuestras quejas,
es preciso que yo haga
una renuncia completa
de todo, si no de vos?
Bar. Sí Señora, es una tema,
ó una debilidad mia,
y la inquietud que me altera,
tambien podrá ser locura;
mas ¿cómo es fácil que pueda
yo tranquilizarme, en viendo
que todos quantos os cercan,
tanto como yo, ó quizá
mucho mas os interesan.
Marquesa. ¡Con qué reconocimiento
os debo vivir desde esa
misma hora! Sí, Baron;
pues vuestro genio me enseña,
que no se dá esclavitud
comparable con aquella,
en que un amante zeloso
nos domina, y nos estrecha.
Bar. ¿Yo os hago esclava, Señora?
Marquesá. Basta ya de controversias.
Vos me sacais de un error,
que es dificil que me vuelva
á alucinar. Sed mi amigo,
si podeis serlo: no os queda
otro título en mi casa,
y aun este por conseqüencia.
Bar. ¡Cruel! Vos quereis mi muerte.
¿Pues qué crímen me condena?
Marquesa. Estimaros mucho, y
no estimarme á mí de veras.
Bar. Juro... *Marquesa.* No jureis, que ya
conocí vuestras ideas.
Los zelos en vos son vicio
de carácter, sin enmienda;
y quitandoos la razon
de ser zeloso, por fuerza
habeis de dexar de serlo.
Bar. Si quedais tan satisfecha *picado.*
de conocer mi carácter,
dexad que me desvanezca
tambien de haber conocido
yo el vuestro: que la entereza
de una alma fiel y sencilla
como la mia, se acuerda
dificilmente, ó tal vez
nunca, con la ligereza
de vuestros caprichos. Solo
un Conde del Rollo, era
el hombre que os convenia,
y yo he sido un necio en esta
ocasion, pues de otro modo
pude:: *Marquesa.* Contened la lengua,
y no acabeis el discurso, *fuerte.*
Baron. Idos allá fuera,
ó si no yo me iré por
evitaros la vergüenza
de aparentar un obsequio
para hacer muchas ofensas.
Bar. Ya me voy: á Dios, Señora;
y me voy con la protesta
de no volver en mi vida
á daros otra molestia. *Vase.*
Marquesa. Ved los hombres. ¡En que abismo,
pobre de mí, sin cautela,
me iba yo á precipitar!
¿Me dió la bondad suprema
un corazon tan flexîble,
solo para que le hiciera
yo la diversion de un tonto,
ú la víctima perpetua
de un zeloso? ¡Ah! ¡Quánto mas
merece la indiferencia
simple del Marques! y en este
caso, yo la prefiriera.
A la verdad es un sabio,
que no hay cosa que le mueva,
ni le altere en este mundo;
pero él me amaba de veras:
y si una contradiccion
me hacia, con qué nobleza,
qué agrado, dándome mil
satisfacciones á cuenta...
y esto, siendo mi marido.
¡Qué notable diferencia!...
pasando serio.
Bar. Señora, á los pies de Usia,
y perdonad mis molestias. *Vase.*
Salen los de la comida.
Doña Jac. ¿Qué es esto? ¿Qué te ha pasado
con

con nuestro Baron, Marquesa?
que acabamos de encontrarle
tan turbado, y tan de priesa,
que pasó junto á nosotros
sin saludarnos siquiera.

Marquesa. No sé, será algun vapor,
que se disipará apénas
le dé el ayre. *Doña Jacint.* No lo creo:
tú le has hecho alguna y buena,
porque él salia furioso.

Marquesa. Hay dias que se le altera
la bilis, y este será uno.

Doña Jacin. Puede ser: mas no se llega
nunca á exâltar á ese punto
sin motivo que la impela;
y sin duda has sido tú
el impulso. *Marquesa.* No lo creas:
Don Quintin, parece que
es la causa manifiesta
de su desesperacion.

Don Quin. ¿Yo lo soy? ¿De qué manera?

Marquesa. Porque se ha escandazalido
de que os mirara diversas
veces yo, y con vos tuviese
conversacion en la mesa.

Doña Jac. Pues eso no tiene precio. *riyénd.*

Don Quin. Le conozco esa flaqueza,
y es tan animal, que quando
ve á una muger, y se empeña
en amarla, es capaz de
volverse loco por ella.

Doña Jacin. Yo nada extraño, y así,
desde luego dixe á esta,
no era para tí San Telmo.

Doña Laur. ¿Con que es zeloso de veras?

Don Quin. Como un tigre: no ha ocho dias
que rompió con una bella
dama que amaba en extremo,
y no sin correspondencia,
porque al perro de un amigo,
que iba con él, hizo fiestas.

Doña Jacin. Ese es mucho frenesi,
Señores... Pero Marquesa,
van á dar las quatro, y
hoy tenemos funcion nueva
en el corral de la cruz.

Doña Laur. Si quieres venir á verla,
mi aposento está á tus pies.

Doña Jacin. Yo á todo quanto tú quieras
estoy lista, y el Señor
es necesario que venga
tambien. *Marquesa.* Yo, amigas no puedo:
idos muy enhorabuena,
porque aguardo á una persona.

Doña. Jac. Alguno... ya; no me seas
gazmoña. Vamos, compadre,
que puede vuestra presencia,
como ha irritado al Baron,
inquietar á otro qualquiera.

Marquesa. Te engañas mucho, Jacinta.
Bien al contrario. Me hiciera
el Señor un beneficio
en quedarse. A una parienta
aguardo, que pasar debe
conmigo la tarde entera,
y terciando con las dos
seria ménos molesta.

Don Quin. Será para mí, Señora,
la dicha mas lisonjera.

Marquesa. Si habeis dado en otra parte
palabra, nada os detenga.

Doña Jacin. A Dios hermosa, y á fe
no voy de tí muy contenta,
que estás aun muy en bosquejo,
y á todos los desesperas.

Doña Laur. Ya que al Señor te dexamos,
ten un poco de indulgencia
á lo ménos con el pobre,
que bien necesita de ella.

Doña Jacin. El es algo tonto; pero
es mozo de buenas prendas.

Don Quin. Señora, en verdad...

Doña Jacin. No hay que
replicar; y si se acuerda
de las que me debe, no
extrañe que se las vuelva.
¿Me habeis entendido? Vamos.
A Dios, querida Marquesa.
En paz, amigo; y cuidado,
que el lance quiere destreza.

Doña Laur. A Dios, hija... *Vanse las dos.*

Marquesa. Agur, amigas.
Deseando que se fueran,
estaba... *D. Quin.* Yo mucho mas.

Marquesa. Para respirar siquiera
un rato. *D. Quin.* Yo, por deciros,
que

que aun no sabeis lo contenta
que podeis estar de haberos
librado de las simplezas
del Baron. *Marquesa.* Mejor lo sé
que vuestro juicio lo piensa.
D. Quin. ¿Qué habiais de hacer de este (hombre
con la cara macilenta,
moralizándonos siempre,
arguyendo por sistema,
y presumiendo de sabio?...
¡Y aun esto se le pudiera
perdonar ; pero zeloso!
¡Querer que no seais atenta!
¿Y conmigo? Eso es muy fuerte,
y demasiada soberbia.
Marquesa. ¡Qué mal hombre! ¡qué carácter
tan imperioso! A qualquiera
muger hará desgraciada.
D. Quin. ¡De él á mí qué diferencia!
No tengo, gracias á Dios,
cosa que se le parezca.
Yo no sé mas que dos cosas,
ni necesito otra ciencia:
divertirme , y divertir
á quantos se me presentan.
Conozco el mundo , y sé que
la constancia , y las finezas
adormecen los placeres;
y que solo los despierta
el capricho , con el vario
ruido de sus vagatelas.
Marquesa. Tambien he observado yo,
que á veces la displicencia
procede de la igualdad
en el carácter. *D. Quin.* Por esa
razon , yo estoy en el ayre
siempre. ¿ Yo pasiones serias?
Guarda. La coquetería
es , segun plumas modernas,
y mi observacion , el alma
de la sociedad ; y en prueba,
la dama que da en ser fina,
á largo tiempo nos seca:
con que es preciso haya otra
que á un hombre le restablezca,
y lo mismo por nosotros
las señoras , vice-versa.
Marquesa. Conmigo podeis al fin
hablar con toda franqueza.
D. Quin. Eso es lo que yo deseo,
y lo que yo busco cerca
de una dama , hablar de todo,
y que se toquen materias
en que combata ; y si es
posible , que se defienda.
Marquesa. ¿Si es posible? Ese discurso
mucha vanidad demuestra.
D. Quin. Nadie lo es ménos que yo,
y vivo en inteligencia,
que no me buscan por mí,
sino es por mis excelencias.
Yo tengo un grande talento,
yo he nacido con nobleza,
yo tengo una gran figura,
yo tengo famosas rentas,
y tengo espíritu lleno
de gusto y magnificencia.
Mas como estas calidades
sobresalientes no pueda
yo habérmelas dado á mí,
no me alabo de tenerlas.
Marquesa. Cierto, señor D. Quintin,
con ironía.
que encanta vuestra modestia:
aunque en vos un poco ménos
de disipacion quisiera.
D. Quin. ¿Quereis hacer un prodigio
conmigo ? Pues vámos : ea,
hacedme cuerdo de un golpe.
Marquesa. Creed que como pudiera
no apeteciera otra cosa
mejor ; mas decir os resta,
en qué consiste el prodigio.
D. Quin. En un ápice , Marquesa.
Entrambos somos muchachos:
yo soy amable, vos bella:
vos teneis sobradas gracias:
yo una figura estupenda:
tambien de nuestros humores
hay semejanza perfecta,
con que... *Marquesa.* ¿Qué?
D. Quin. En una palabra:
yo siento que amor me lleva
hácia vos , y no podeis
hacer cosa mejor hecha,
que sacrificarme toda

la dulce libertad vuestra.
Marquesa. Pero, señor, si sintieseis
de amor la llama violenta
por mí, como aseguraís,
y es dificil que yo crea,
ya estuviera hecho el prodigio;
que amor, por su virtud mesma,
os habria dado cordura.
D. Quin. Pero no, señora. Es fuerza
ser justo. Yo por el vuestro
me aparto sin resistencia
de todos los corazones
que hasta ahora he rendido: pierda
ó gane, esta es una suerte
del juego, y quiero exponerla.
Pero hay un cambio que hacer,
señora; porque en conciencia
no me podeis obligar
á una renuncia completa
de las diversiones, ni
al abandono de aquellas
cosas, á que acostumbrado
estoy por naturaleza.
Marquesa. ¿Creeis, por haceros cuerdo,
que habia yo de ser necia?
¿Y habeis pensado igualmente
lo que á una muger estrechan
sus mismas obligaciones,
el honor, y la tremenda
fidelidad conyugal?
D. Quin. ¡Oh, qué escrúpulos, Marquesa!
¿Sabeis lo que es el honor?
Es una gran friolera
para mí, y para otros muchos
que son de mi propia escuela.
Marquesa. ¡Y se sufren unos hombres, *admirada.*
que así hablan y aconsejan!
Señor D. Quintin, yo empiezo
á dudar mucho de nuestra
semejanza en los humores;
y conozco por la bella
difinicion que os he oido,
que pasariamos penas
insufribles los dos para
combinar nuestras ideas:
y si para corregiros
el juicio no hay mas receta,
la cura es muy arriesgada,
y yo no me encargo de ella.
Sale Luisa. Señora, un hombre decente
con una capa de seda,
y que debaxo del brazo
trae una caxa encubierta,
pretende veros: le he dicho
diez veces, que ahora no era
ocasion; pero él insiste
en que ha de hablaros por fuerza.
Marquesa. Sin duda este es el pintor, *ap*
de que ya me avisó Petra
Hipólita. Voy á verle,
y á conducirle á la pieza
mas reservada. No os vais, *á Don Quintin.*
que pronto daré la vuelta.
D. Quin. ¿Os sigo, señora?
Marquesa. No,
que el caso pide reserva. *Vase.*
Luisa. En esto hay algun misterio,
que no quieren que yo sepa;
y él es el pintor que hizo
á mi ama, segun las señas,
el retrato, habrá seis meses;
pues yo tengo la sospecha
de que va á hacer otro, y esto
me va ya oliendo á canela.
D.Quin. ¿Qué estás hablando entre dientes?
Luisa. Ni entre dientes, ni entre muelas
hablo: se equivoca Usía.
D. Quin. ¿A mí te vienes con esas?
¿Misterios conmigo, he?
A tu edad de primavera,
y con esos ojos, yo
te permito que los tengas.
Luisa. ¿Se burla Usía de mí?
D. Quin. No por mi honor, hechicera.
Y es preciso ser tu ama,
ó muy vana, ó muy modesta,
para tener á su lado
una criada tan bella.
Luisa. Usía quiere reirse
un ratico á mis expensas,
segun yo veo; pues vamos,
prosiga la cantinela.
D. Quin. Te juro que no: tu ama
es bonita y petimetra;

¿pe-

¿pero tiene ella esé ayre
tan fino, esa gentileza,
esa estatura de dixe,
ni esos ojazos de guerra?
Eso solo habia de estar
destinado á la nobleza.
Luisa. Reservad para mi ama,
Caballero, esas finezas,
y advertid que vendrá pronto.
D. Quin. Puede ser que se detenga.
Mira, Luisita, si todas
las criadas de aquí fueran
como tú, todas las amas
de Madrid se caian muertas.
Luisa. ¡Ay, señor! Esas dulzuras
no estan á mi cuerpo hechas,
regáleselas Usía
á otra que mejor le vengan.
D. Quin. Te vuelvo á jurar que no.
Luisa. Caballero, Usía no piensa
en que mi ama puede oirlo,
y diria:::- *D. Quin.* Calla, necia.
Al paño la Marquesa.
Esta es mucha confianza:
Va á salir, y se detiene.
oigamos, sin que me vean.
D. Quint. ¡Bueno! Si tu ama lo oyese
rabiaria, y me riñera
mucho; pero ¿qué me importa?
Esa muger no me peta
de modo alguno, y así
se me da muy poco de ella.
Demas, tiene unos caprichos
aforrados en tristeza
y extravagancia, capaces
de aburrir á quantos tengan
el mal gusto de tratarla:
como tomarse la pena
de apartarse del marido,
para vivir con prudencia
y estimacion en el mundo...
pero ahora estamos de priesa.
Para esta noche te cito,
querida Luisa, á la puerta
del Jardin, que yo vendré
á eso de las doce y media.
Luisa. (¡Gran pícaro!) ¿Y qué seria
de mí, Señor, si nos vieran
hablar tan tarde?
D. Quin. Tambien
lo ha previsto mi cautela,
y puedes tranquilizarte;
pues todas las contingencias
que ocurriesen se pondrian
á cargo de la Marquesa.
Luisa. ¿Y la opinion de mi ama?
D. Quin. Muger, no tienes cabeza.
¡La opinion de tu ama! Che:
toma, se pondria tan hueca
de que el mundo la aplicára
un sugeto de mis prendas
por cortejo.
Sale la Marquesa. No, Señor.
No quiero deberos esa
obligacion en mi vida.
Luisa. ¡Ay desdichada! *gritando, y confusa.*
Marquesa. Y sintiera
tomaseis tantos cuidados
por la dificil empresa
de establecer en el mundo
mi opinion de calavera.
D. Quin. Señora... si... pues...
Marquesa. Ya es mas
que osadía, desvergüenza
replicarme. Id noramala,
y agradecedme que os vuelva
la espalda, por evitaros
no el rubor, sino la afrenta
de ver mi rostro, despues
de oiros tantas baxezas.
D. Quin. La confusion me embaraza
los pasos. *tartaleando.*
Marquesa. Pon en la puerta
á ese Caballero, Luisa.
Luisa. Por aquí... todo me tiembla. *torpe.*
Marquesa. Vete allá adentro.
Luisa. Señora...
Marquesa. ¿No te vas?
Luisa. La hicimos buena. *Vase.*
La Marquesa sola, paseándose, y deteniéndose como asombrada.
Marquesa. Dios mio, ¿es este el mundo,
y estas las gentes que por ahí celebran?
Yo he visto en solo un dia
todo lo mas amable que de él cuentan.
¿Y qué es lo que he encontrado?

Si la memoria mal no me lo acuerda,
dos locos, un zeloso,
y dos mugeres locas y altaneras.
Quando yo imaginaba
las cosas que veía tan diversas,
hallaba á mi marido
insípido en el trato, y las finezas;
¿pero quánto mas vale
su insipidez, que sales tan perversas?
Le tenia por simple;
¿pero quánto mas vale su simpleza,
que del Conde atrevido,
y el falso Don Quintin las agudezas?
Me pareció tranquilo;
pero pobre de mí, si acaso fuera
zeloso y temerario
como el Baron, sin causa, ni evidencia.
Al fin me amaba poco;
pero á pesar de toda su tibieza,
me ámaba lo bastante
para vivir dichosa y placentera.
¡Qué insensata que he sido!
¿Y será tiempo aun de que yo pueda,
conociendo mis yerros,
destruirlos? ¡Inútiles ideas!
quando tengo perdidas
la amistad de mi esposo, y la terneza,
quizá su confianza,
y al fin su estimacion tan verdadera.
Aunque, gracias al Cielo,
solo de una imprudente ligereza,
tolerable á mis años,
puede reconvenirme la conciencia.
¿Corazon, qué me dices?
Sí, tú tienes razon: bien me aconsejas.
Mi marido es muy bueno;
y no puedo dudar, quando me vea
confesar el delito,
que mi arrepentimiento le enternezca.
Y ahora ¿de qué medio
podré valerme para que le sepa?
¿Llegaré á los amigos?
¿Y en el mundo hay alguno que lo sea?
Ademas, que es muy duro
confiar de las gentes mas discretas,
y de mas confianza,
aquello que una misma se reprueba.
Un papel... ¿Y qué puedo
decir en él que su razon convenza?
Irme yo en derechura
á sus brazos... tampoco. Voy expuesta.
¿Qué haré? Cruel ahogo...
Mas ya veo una luz que las tinieblas
de mi discurso alumbra:
quiera el Cielo que no se me obscurezca.
Yo me acuerdo que Anselmo
me dixo, que el Marques la vista tierna
fixaba en mi retrato.
Un pintor, por extraña contingencia,
tengo en mi gabînete:
pues hagamos que en él ponga las señas
de mi arrepentimiento,
y el dolor que marchita mi belleza.
Si todavía me quiere,
será preciso que se compadezca;
y si mas declarado
su rigor esperanza no me dexa,
evitaré á lo ménos
del desayre á mis ojos la vergüenza.
Ya estoy determinada: (mensa
¡gran Dios, que ves desde la altura in-
de tu brillante solio
de mis nuevos afectos la pureza,
mis delirios perdona,
y haz que mis reflexiônes permanezcan,
influyendo á mi esposo
la compasion, y á mí la fortaleza!

ACTO QUARTO.

Durante el intermedio, y sin cesar la orquesta, pasa Luisa de un lado á otro, y salen esta y la Marquesa por diferentes partes.

Marquesa. ¿Está en casa Anselmo?
Luisa. Sí,
señora, ya le he llamado.
Marquesa. Pues vuélvete al gabinete,
donde se esta retratando
Petra Hipólita: repite
la órden á los criados
de que me nieguen á todos;
y sobre todo te encargo
el secreto. *Luisa.* Bien está.
De lindo susto escapamos. *ap. y vase.*
Sale Ans. ¿Señora, qué me mandais?

con

con agrado.

Marquesa. Dí ¿me harás un agasajo,
Anselmo? *Ans.* Señora, nada
deseo como agradaros
y serviros: oxalá
que igualmente que yo os amo,
os amaseis mi amo y vos,
y por quienes, ignorando
quál de los dos es injusto,
tiernas lágrimas derramo.
Marquesa. Quizá todo es culpa mia;
mas no sin remedio el daño.
Oye ahora lo que te digo.
Ya sabes que mi traslado
de medio cuerpo está en el
gabinete de tu amo.
Ans. Y bien que lo sé, señora:
como que es de sus quebrantos
presentes único alivio:
en él los ojos clavados
siempre; suspira de modo
que da compasion mirarlo;
y bien se conoce que
mas quisiera enamorado
decir al original
sus pasiones, que al retrato.
Marquesa. Todo quanto dices, me es
de sumo consuelo, amado
Anselmo, vuelve, descuelga
sin que te vean el quadro
de mi retrato al instante,
y llevámele á mi quarto.
Ans. ¿Yo, señora? ¿pues habia
yo de privar á mi amo
de la cosa que en el mundo
hay mas digna de su agrado,
y su amor? Pedidme ántes
la vida. *Marquesa.* Suspende el llanto
y la voz, que mi designio
es quizá bien al contrario:
tráele, y dentro de una hora
puedes volver á buscarlo,
para colocarle donde
estaba: solo te mando
guardes secreto con mi
marido, y con sus criados.
Ans. Sea enhorabuena, señora:
voy á buscarle, que estando
vuestro noble corazon
de virtudes tan dotado,
no habiais de querer darme,
al fin de mis tristes años,
la pesadumbre de ser
el verdugo de mi amo. *Vase.*
Marquesa Fíate de mí... ¡Quizá
yo me lisonjeo en vano!...
Bien que algun presentimiento
dichoso, me está anunciando
que he de salir victoriosa
de mi empresa. No perdamos
el tiempo que es tan precioso,
y yo tengo tan escaso
para un proyecto, de que
ademas de mi descanso,
mi opinion, y mis venturas,
penden muchos desengaños
de mugeres imprudentes,
y maridos insensatos. *vase.*

Vuelve á salir Anselmo con un retrato de la Marquesa grande en la mano.

Ans. Quiero obedecerla, bien
que la obedezco temblando.
Como mi amo volviera
en este corto intervalo
estaba perdido. Pero
sin un corazon de mármol
¿quién negára á la Marquesa
quanto le pida? ¡Qué encanto
de hermosura y de virtud
en otro tiempo! No extraño
que pierda el juicio por ella
mi señor! ¡Qué dulce agrado
manifiesta su semblante!
mirando al retrato.
El dia que se casáron
así estaba. Me parece
que aun los estoy mirando
los dos, á qual mas contento,
y á qual mas embelesado...
Pero este tiempo pasó...
voy que me estará esperando.

Vase por donde entró la Marquesa, y por el otro lado sale el Marques.

Marq. ¿Si estará por aquí Anselmo,
que en parte alguna le hallo?
Al fin me pude escapar,

y podré, léjos de tantos
testigos, suspirar libre.
Jamas el dia tan largo
me ha parecido, ni tan
molesto el género humano.
Huyamos de él, y busquemos
la soledad de mi quarto,
que en ella solo estoy bien.
Pero Anselmo, que ha quitado
la llave á la puerta, ¿dónde
estará? Si no me engaño, *sale Anselmo.*
ya viene. Daca mi llave.
Ans. Yo... señor... (¡Soy desgraciado!) *ap.*
Marq. Daca mi llave, te digo.
Ans. Señor, si yo...
Marq. ¿Qué apostamos
á que la dexaste puesta,
y la tomó algun Lacayo?
Ans. No señor.. *Marq.* Dámela, pues.
Ans. Señor, puede ser que acaso
la tomaseis... *Marq.* ¿La pidiera
yo si la tuviese? Vamos...
¿No me la das?... ¿La has perdido?
Ans. No creo... Yo no la hallo,
señor. *Marq.* Pues búscala, hombre,
que me estás impacientando.
Ans. Sin duda yo la perdí.
Marq. ¡Qué mas descuido! ¡De quando
acá los tienes tú? *Ans.* Yo...
Marq. ¿Por dónde entraré en mi quarto?
Ans. Yo no sé. *Marq.* Rompe la puerta.
Ans. Son muy débiles mis brazos
para eso. *Marq.* Pues que llamen
á un cerragero volando,
y descerrage. *Ans.* Señor.
Marq. ¿Qué dices?
Ans. Que Don Leandro *alegre.*
vuelve. *Marq.* ¡Dios mio, esto mas!
sin duda siguió mis pasos.
Sale Don Leonardo alterado, y Anselmo se retira al fondo del teatro, observando siempre rezeloso.
D. Leon. ¿Marques, de este modo cumples
tus palabras? ¡Pues estamos
grandemente! Vamos juntos,
por esparcirte, á pasearnos,
y te cansas: convenimos
en ir á ver otro rato
la comedia nueva, y miéntras
á preguntar me adelanto
si hay asientos de luneta,
la pegas, y quando salgo
me encuentro sin tí: te busco,
y al fin me veo burlado.
Bien conocí donde luego
te hallaria, y sin dudarlo
te seguí. *Marq.* Querido amigo,
perdona; pero son vanos
mis esfuerzos, y las gentes
aumentan mis sobresaltos,
pareciéndome testigos
de la turbacion que paso
interiormente, y publican
los ojos, si no los labios.
D. Leon. Yo te creo; mas con todo,
amigo, me causa enfado
que de este modo me burles;
y es un testimonio claro
tu conducta de que vives
aun de mí desconfiado.
Marq. Leonardo mio, tú eres
el único de quien hallo
tolerable la presencia;
mas mi corazon turbado
é inquieto no ve en tí mas
que un amigo; y su conato,
sus pasiones, otra cosa,
que no encuentran, van buscando.
D. Leon. Dime, ¿quál es?
Marq. Mi muger
es todo mi sobresalto.
¡Ay! Sí: quizá en este propio
instante que de ella hablamos,
alguno de esos pulidos
corrompedores malvados,
que son adorno y desgracia
de Madrid, está ocupado
en seducir su inocencia:
y no se obstina en lograrlo,
sino por vanagloriarse
de su triunfo en los teatros
y tertulias... *D. Leon.* ¿Es posible
que te veas dominado
de reflexiones tan falsas,
y juicios tan temerarios?
Ella tiene armas, amigo,

muy

muy seguras en su amparo
y defensa. *Marq.* ¿Quáles armas?
D. Leon. Sus costumbres.
Marq. ¡Ay, Leonardo!
tú me tranquilizas; ¿pero
he de estar ya deshauciado
de vivir mas con aquella
que estuve unido con lazo
tan premioso, que la muerte
podia sola desatarlo?
Culpa es mia. Yo debí
oponerme con los sanos
consejos que su imprudencia
ya otras veces sujetáron;
y yo con abandonarla
soy el que la ha asesinado.
D. Leon. No, mi Marques, te equivocas.
Si hubieseis en aquel acto
querido oponerte á ella,
la habrias acrecentado
el deseo de cumplir
el proyecto, que forxando
estaba en su fantasía;
y estaríamos en un caso
quizá peor. *Marq.* Pero, amigo,
yo, del Cielo destinado
para dueño, y para guardia
de sus peligrosos años,
solamente las ideas
de su gusto he consultado,
y los usos. ¿Mas qué importa?
Solo he conseguido en pago
hacerme odioso á su vista,
y el concepto de tirano.
D. Leon. Eso hubiera sucedido,
si te hubieses empeñado
en contrariar sus ideas;
entónces, degenerando
en aversion sus disgustos,
se habrian precipitado
hasta el seno del rencor:
donde hubiera sido el daño
irremediable y eterno.
Marq. Mas viviera consolado
con poseerla á lo ménos,
y mas que esté abominando
de mí: yo siento que no
puedo vivir sin su trato.
Yo quiero verla. *determinado.*
D. Leon. ¿Qué haces? *deteniéndole.*
¿Verla ahora? Ni imaginarlo.
Esa debilidad fuera
un perjuicio declarado.
Si la Marquesa te estima,
como debemos pensarlo,
ella buscará los medios
de reconciliarse; y quando
lo consiga, lo tendrá
por ventura. Y al contrario,
si te aborrece y olvida,
mas engreido y ufano
con tu humildad su amor propio,
haria mas obstinado,
mas soberbio su dictámen:
finalmente, hablemos claro:
la habitual separacion,
y la idea del agravio
que hace á tu amor, te traerán
á un práctico desengaño,
que te conforme, aunque vivas
siempre de ella separado.
Marq. Tú me haces temblar.
D. Leon. Creeme.
Ten paciencia algunos quantos
dias, y haz por dominarte.
Marq. ¿Discurres que está en mi mano?
D. Leon. Vamos.
Marq. Permite á lo ménos
que baxe á ver su retrato.
Ans. ¡Triste de mí! *ap. apresurado.*
D. Leon. Será inútil;
ni lograrás con mirarlo
mas que acrecer tus pasiones;
y por lo mismo me hallo
en precision de apartarte
del camino de tu estrago.
Vámonos.
Marq. Déxame, amigo.
Leon. Eso no; y ántes te hago
un solemne voto de
no dexarte abandonado
á tí mismo en la infeliz
situacion que nos hallamos.
Marq. ¿Lo quieres así? *D. Leon.* Es preciso.
Marq. Pues si tú lo mandas, vamos;
que por la última vez

quie-

quiero seguir tus mandatos.
Solo me queda un partido
que tomar para descanso
mio. *D.Leon.* ¿Quál? *Marq.* Ya le sabrás
despues que le haya tomado. *Vans. los 2.*
Ansel. No he salido de mal susto.
Felizmente Don Leonardo
se llevó al Marques; si no
al fin me hubiera obligado
á llamar al cerragero;
y al hallarse con el chasco,
¿qué hubiera sido de mí?
Todavía estoy temblando
del susto. Vamos corriendo
á....
Trayendo el retrato, como dirá luego.
Sale Luisa. D. Anselmo, este quadro
os envia mi Señora.
Anseln. ¿Cómo? Este no es mi retrato.
Luisa. Ya se ve que no es el vuestro;
ni yo por tal os le traygo,
sino por el de mi ama.
Ansel. Este no es el que la he dado
poco há. *Luisa.* Ya lo sé; pero
el que me manda entregaros
es ese mismismo. En todo
lo demas ni entro, ni salgo.
Ansel. Mi ama tenia un rostro
risueño, adornaba un Mayo
de varias flores su pelo;
y este otro está desgreñado,
y los ojos y el semblante
sumergidos en el llanto.
Yo no quiero esta pintura;
vuelve á llevarla. Mi amo
está ya bastante triste,
y es ocioso le pongamos
imágenes lastimosas
á la vista. Ve á llevarlo
á donde estaba ese mueble,
y vuélveme mi retrato.
Luisa. Que obedezcais y calleis
solamente es lo que os mando
en nombre de mi Señora.
Ansel. No mintiéron los presagios
de mi corazon. Al fin,
si es forzoso conformarnos
con las desgracias del dia,
callemos y obedezcamos. *Vase.*
Sale la Marquesa desgreñada, descolorida, llorosa, y sin adornos, igualmente que se ha visto desfigurada en el retrato.
Marquesa. ¿Se le llevó?
Luisa. Si Señora,
despues de estar altercando
si era ó no era.
Marquesa. Esperemos
aquí, pesares amargos,
la sentencia de mi muerte,
ó vida... ¡Dios soberano!
¡Quántas lágrimas me cuesta
un capricho momentáneo!
Luisa. Pero, señora, ¿no puedo
saber qué dolor tan raro
os aflige? *Marquesa.* Dame un libro,
y déxame en paz. *Luisa.* El Diablo
anda hoy suelto. *ap.*
¿Quereis este?
Marquesa. ¿Qué libro es?
Luisa. Aquel tan guapo
de novelas extrangeras,
y tan bien enquadernado,
que segun veces diversas
os escuché celebrarlo,
es el que mas os divierte.
Y conforme en el estado
que hoy os veo, me parece
que os será el mas necesario.
Marquesa. Dí peligroso, y quizá
causa de todos mis daños.
Vase Luisa confusa.
Vete adentro. Estos son los
traydores disimulados,
y cuyas fábulas, llenas
de ponzoña, cautivando
mi discurso, corrompian
mi corazon. Libros falsos,
que seducen, y no enseñan
sino delirios y engaños. *le tira.*
Pero aun no viene el Marques...
¡Ay! Quizá le espero en vano.
En medio de sus amigos,
sin duda estará inventando
los medios de aborrecerme...
¿Mas qué es lo que he pronunciado?
No, su amistad, su cariño,

y lo fino de su trato
eran muy sólidos, para
en solo un dia olvidarlos.
¡Ay, querido esposo mio,
si fueras testigo acaso
de las lágrimas amargas
que arrepentida derramo,
yo sé que fueras sensible!...
Mas parece que ha parado
un coche á la puerta... Sí.
No me engaño, no me engaño...
Si sube... No será él...
El es: con su sobresalto
el corazon me lo anuncia...
Parece se va acercando
alguno? Sí...

Dentro Marques. Que estén prontas *en alta voz.*
las cosas y los caballos
para dentro de una hora.

Marquesa. Esta es su voz... ¿Si depaso
entrará aquí?... ¿Mas se aleja?...
Sin duda se entró en su quarto.
Esto es hecho: mi destino
va á declararse... ¿Qué pasmo
de mí se apodera?... ¡Qué
turbacion! Yo me desmayo.
¡Ay! Mi retrato, en lugar
de moverle y de templarlo,
le pareció despreciable.
Discurso, todo lo erramos.
No señor: yo por lo ménos
debia haberme arrojado
á sus pies, y con el fluxo
de mis ojos inundarlos.
Sí: vamos corriendo... Anselmo,
Sale Anselmo.
tú... ¿por qué vienes llorando?
Dí... ¿quién te envia?

Ans. Señora,
vengo de parte de mi amo...

Marquesa. ¿De mi marido? ¿Qué manda?
Dilo... (*ansiosa.*

Ans. Ni me dexa el llanto, *sollozando.*
ni yo me atrevo á decirlo.

Marquesa. ¿De qué nace tan extraño
dolor? Habla: yo estoy muerta.

Ans. Mi señor pretende hablaros,
si estais sola... y segun dice,
por la última vez.

Marquesa. ¡Dios santo!
¿por la última vez, amigo? *trémula.*

Ans. Sí, señora. Entró mandando
que al instante le traxesen
de la posta dos caballos,
y á mí que me previniera
á seguirle, preparando
nada mas que una maleta,
y algun dinero, entretanto
que él recogia sus joyas,
y papeles reservados...
Al fin se va, y yo le sigo:
llorando con ahogo.
mirad si me mandais algo. (creto

Marquesa. ¡Qué he oido! Ya está el de-
de mi muerte pronunciado.
Se apoya sobre una mesa ó silla, la cabeza entre las manos.

Ans. Voy á llevar la respuesta...
Pero aquí está ya mi amo.
Anselmo estará situado de modo, que al entrar el Marques no vea á su muger.

Marq. Los cabellos esparcidos,
los bellos ojos bañados
en lágrimas, sin adornos...
¡qué significa este cambio!
¿Anselmo, puedo yo ver
á mi muger?

Ans. ¿Qué reparo
puede haber? Ahí la teneis.

Marq. Dios, ¡qué es lo que estoy mirando!
Déxanos solos. Matilde...
Vase Anselmo.
Aquí una gran pausa.

Marquesa. No ignoro, señor, el fallo
de mi suerte, que venis
á pronunciar... El recado
Vuelve á su posicion.
de Anselmo... No puedo mas.

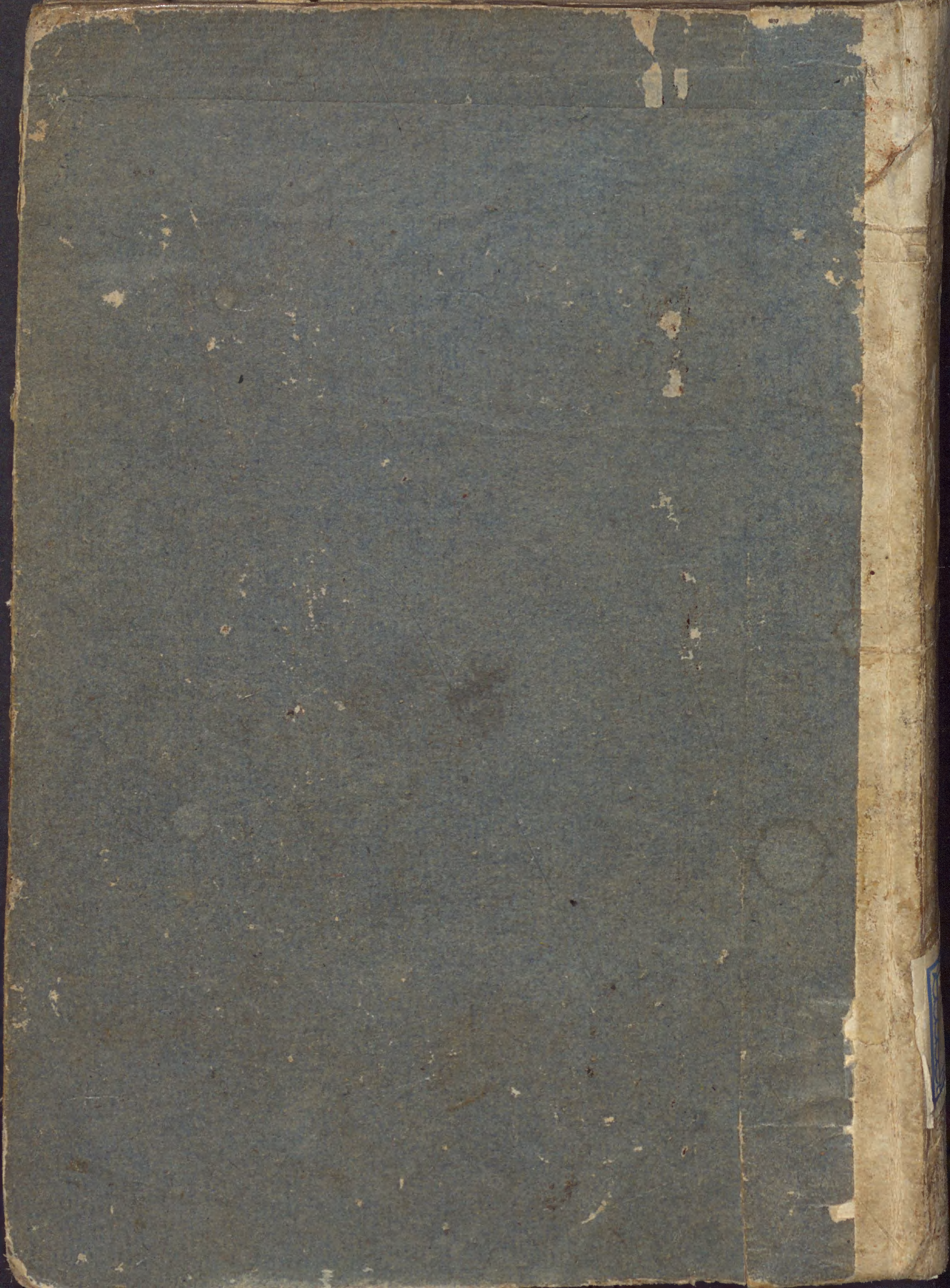
Marq. Sí, señora, contemplando
que ya os he perdido, voy
al sitio mas solitario,
donde oculte mis pesares
de todo el género humano. (ranza *ap.*

Marquesa. No hay medio: ni otra espe-
que la de morir aguardo.

Marq. Vivid, y vivid dichosa,
Marquesa. Por mas que hago, *ap.*
no es fácil.
Marquesa. ¿Y podré serlo *ap.*
yo sin él?
Marq. Lleno de encantos
está el mundo, que podrán
resarciros de los daños
que han hecho á vuestra belleza
mi ignorancia y desagrado.
Marquesa. Dexad, Marques, esas chanzas
importunas; que no estamos
en ocasion, ni querais
irritar mas con burlaros
de mi error, el sentimiento
del que me está devorando.
Marq. ¿El sentimiento? ¿Qué escucho?
Marquesa. Sí. No teneis que dudarlo,
Señor. No os pongo delante
por convenceros mi llanto:
que en las mugeres no es prueba
de un afecto acrisolado;
pero creed que mi muerte,
y su fúnebre aparato
entrarán aquí al instante
que vos monteis á caballo,
para salir de Madrid.
Yo he perdido, he malogrado
vuestra estimacion, y debo *sollozando.*
dexar de vivir...
Marq. No tanto...
Si es verdad... ¡Cielo piadoso!
¿Podré mirar á mis brazos
otra vez restituida *con ansia.*
mi esposa?
Arrojándose á ellos, y sorprendidos de gozo.
Marquesa. Sí, esposo amado;
si la encuentras digna de ellos
todavía.
Marq. ¿Quándo, quándo
lo pudo dexar de ser?... *aquí pausa.*
Me lisonjeo, y me aplaudo
de conocer tu carácter,
hija, y este voluntario
regreso es la mayor prueba,
el testimonio mas claro
de las prendas y virtudes
con que el Señor te ha dotado.
Marquesa. No tengo, gracias á él,
que tener el mas escaso
rubor de un mal pensamiento;
una imprudencia, y los malos
exemplos han sido todos
mis delitos.
Marq. A dudarlo
yo, amada Matilde mia,
¿te volviera á dar los brazos?
Sale Ansel. Todo está pronto, Señor.
Se sorprende.
¿Pero qué veo? ¿Me engaño?
Marq. No, querido Anselmo, llega:
y si como buen criado
tuviste parte en mis males,
tambien en mis agasajos
y bienes debes tenerlos. *le abraza.*
Marquesa. Ni aun con esto le pagamos
su buena ley. *le abraza.*
Ansel. Ama mia...
Señor... me está embarazando
las voces el regocijo.
Por siempre seais alabado,
Dios mio. Luisa, Don Diego,
venid. Yo voy á avisarlos
á todos, y coger las
albricias de Don Leonardo. *Vase.*
Marquesa. ¿Me perdonarás, bien mio,
las penas que te he causado?
Marq. ¿Si te las perdono? Antes
las bendigo, pues aguardo
que ellas sean el orígen
de los gustos, el descanso
y la paz, que harán felices
desde hoy los dias de entreambos.
Salen Don Leonardo por la derecha, y la familia por la izquierda.
D. Leon. Sea mil veces para bien.
¿Ve usted como mi astrolabio *le abraza.*
no mintió?
Marq. No me es posible
pagarte con quanto valgo.
D. Leon. Ni con quanto tiene el mundo
quedára mejor pagado
yo, que con ver una dama
tan rara, que aprovechando
la reflexion de un instante,

en su casa ha eternizado
la religion, la abundancia,
el buen exemplo, el recato,
su felicidad, y la
de su esposo, y sus criados.
á la Marquesa.
Marq. De estos amigos hay pocos.
Marquesa. Yo lo creo: y me delato
del tiempo, que por ser bueno
le miraba con enfado.
Marq. ¿Y ahora?
Marquesa. Le admiro, y de esta
manera le satisfago.
le abraza, y él se enternece.
D. Leon. ¿Te ha dado zelos?
Marq. Sí: mira,
qué presto voy á vengarlos. *le abraza.*
Luisa. ¿Y yo quedo perdonada,
Señora?
Marquesa. Yo no te hablo
palabra; escarmienta, calla,
y vive con mas cuidado.
Marq. ¿Todavía lloras, Anselmo?
Ansel. ¡Ay Señor! ¡Qué dulce llanto
es el del placer!
Marq. Pues, hijos,
ya que el Cielo ha serenado
al obscurecer, un dia
que amaneció tan amargo
para esta casa, gocemos
la noche regocijados.
Marquesa. Yo que soy la venturosa,
la he de tomar á mi cargo,
como publicar que á veces
las locuras y trabajos
son útiles, si producen
enmiendas y desengaños.

FIN.




Comedias.
N.° 33.
Ha.
3831